

Jazmín®

Última oportunidad

Rebecca Winters

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

ÚLTIMA OPORTUNIDAD, Nº 1922 - octubre 2012
Título original: The Baby Proposal
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-1116-4
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Has perdido la razón! –murmuró Saul Karsh, antes de encender su exquisito cigarro.

–Nunca he estado más cuerdo en mi vida –replicó Gabe Corbin, sentado frente a Saul en el Club Macanudo, en Manhattan–. Aparte de Sam Poon, que ya está actuando como director ejecutivo de la compañía, eres la primera persona a quien ofrezco la empresa. Tienes cinco días para pensarlo antes de que la ofrezca a la competencia.

–¿A qué viene tanta prisa? Sólo tienes treinta y seis años.

–Demasiado mayor para mis circunstancias.

–Si vendes una empresa en pleno auge y valorada en un billón de dólares es que debes de tener razones personales –comentó Saul y luego lo miró alarmado–. ¿No te estás muriendo, verdad?

–¿A causa de una enfermedad? No –respondió Gabe al tiempo que apuraba el resto de su copa–. Si quieres ver los libros envía a tu gente mañana. Phil Rosen es mi jefe de contabilidad. Te lo enseñará todo. Intenta tomar una decisión antes del lunes. Para entonces me habré marchado y tendrás que tratar con Sam.

Saul, director ejecutivo de la empresa Karsh Technologies Inc., se dedicaba al comercio de sofisticados ordenadores diseñados para investigación médica y programas espaciales. La adquisición de la empresa informática Corbin PC le abriría nuevos campos que hacía tiempo deseaba incursionar.

Saul era un ejecutivo duro y agresivo, pero Gabe conocía su reputación de honradez en los negocios. Confiaba en que Saul sería un buen director y trataría bien a los empleados.

Se miraron recíprocamente.

–Stan Abrams y su equipo irán a echar un vistazo mañana a las nueve –murmuró, finalmente.

Eran las palabras que Gabe esperaba oír.

–Excelente –dijo al tiempo que dejaba un billete de veinte dólares en la mesa y se levantaba–. Ha sido un placer volver a verte,

Saul. Espero que hagamos un buen negocio juntos –dijo al tiempo que le estrechaba la mano.

–Gabe, ¿estás absolutamente seguro de saber lo que haces?

La preocupación de Saul terminó de convencerlo de haber elegido al hombre adecuado.

–Sé lo que hago –dijo antes de marcharse.

–Benny, volvemos a la oficina –anunció cuando hubo entrado en la limusina que lo esperaba delante del Club.

–Sí, señor –respondió el chófer.

Quedaba mucho trabajo por hacer. Llamó a Phil y a Sam a través del teléfono móvil y les pidió que fueran a la oficina tan pronto como acabaran de cenar.

No era tan sencillo desprenderse de los negocios internacionales, actividad en la que Gabe se había empeñado durante largos años. Pero, gracias a Dios, al día siguiente podría ver la luz al final del túnel.

Mientras esperaba el ascensor en el vestíbulo del edificio, Bret Weyland, su jefe de ventas para Estados Unidos, salió de otro ascensor. Excepcionalmente, Andrea Bauer no iba con él. Hecho sorprendente, considerando que Bret le había contado que desde hacía tres o cuatro meses vivía con la atractiva ingeniero jefe de programación. Gabe raramente veía a Andrea a solas porque Bret siempre estaba junto a ella en actitud posesiva.

Gabe lo saludó con un movimiento de cabeza.

–¿Dónde está tu otra mitad?

–Preparando la cena en nuestro apartamento.

La visión de los dos juntos, haciendo de todo además de comer, lo perturbó más de lo conveniente.

–Tienes suerte.

–Tienes razón –dijo Bret con una rápida sonrisa antes de que se cerraran las puertas del ascensor.

Gabe hubiera deseado borrar esa expresión presumida del rostro de aquel hombre más joven que él.

A las nueve y media, Andrea entró apresuradamente en la oficina de su jefe.

–Hola, Andrea. ¿En qué puedo ayudarte? –preguntó la secretaria

al verla llegar.
–¿Está el señor Corbin?
–Sí. Cuando llegué ya se encontraba aquí.
–Muy bien. Necesito hablar con él inmediatamente.
–Un minuto, veré si está libre.
–Te lo agradezco.
Tras la consulta con su ginecólogo la tarde anterior, Andrea sabía lo que tenía que hacer. No tenía sentido postergar lo inevitable por más tiempo.
–Dice que pases.
–Gracias, Karen.
Andrea entró rápidamente en el despacho.
–Por favor, perdóname por irrumpir de esta manera.
La mirada penetrante de Gabe la abarcó por completo.
–¿Desde cuándo tienes que disculparte por hablar conmigo? Pareces contrariada. Siéntate y cuéntame qué sucede.
Le habló con tal amable confianza que ella accedió.
–Ayer estuve con mi médico y parece que la endometriosis se vuelve a presentar, así que...
–¿Qué es eso?
–Endometriosis –repitió Andrea. Le disgustaba revelar algo tan personal, pero no había modo de evitarlo–. Es una enfermedad que se ha convertido en la plaga de la mujer moderna. Tiene que ver con el estrés.
El jefe se inclinó hacia adelante en su silla giratoria al tiempo que la miraba con seriedad.
–¿Ésa es la razón que te ha llevado a pedir tres permisos desde que trabajas para mí?
¿Así que se había informado sobre sus ausencias? ¡Qué vergüenza! Sin embargo, la trataba con tanta amabilidad que de buenas a primeras se encontró contándole los detalles de la enfermedad.
–De eso se trata. Para hablar con precisión, me han hecho seis laparoscopias. La primera cuando estaba en el instituto, y la segunda en la universidad. La tercera fue cuando trabajaba para Stover Electronics. Eso sucedió antes de solicitar el puesto en tu compañía.
No le habría deseado ni a su peor enemiga el sufrimiento físico y

emocional que le ocasionaba su dolencia.
La mirada inteligente de Gabe brillaba de compasión.
–Lo siento, Andrea. No tenía idea. ¿Y cómo se cura?
–Con una histerectomía. He decido hacerlo lo antes posible. Por eso estoy aquí. Para hablar de mi baja.
–¡Sólo tienes veintiocho años! –exclamó soslayando el tema principal–. Eres muy joven.
Parecía sinceramente preocupado y Andrea tuvo que esforzarse para no romper en llanto.
–No en mi situación. Le sucede a las mujeres en edad de fecundación. He estado luchando contra esta dolencia desde los diecisiete, pero ya es suficiente. El médico dice que debería tomar un descanso de seis semanas antes de volver al trabajo. Me doy cuenta de que es demasiado tiempo, pero sé que Darrell no te defraudará. Es un genio.
El jefe hizo una mueca.
–¿No se puede hacer otra cosa para evitar que pierdas la posibilidad de concebir alguna vez?
–Sí, quedar embarazada antes de que esto vaya a peor, pero para mí no es una opción –murmuró a regañadientes.
–¿Por qué no?
Andrea tuvo que admitir que le disgustaba ese interrogatorio tan personal cuando todo lo que pedía era una baja para someterse a la operación.
Hacía seis meses que había conseguido un puesto en la empresa informática Corbin PC gracias a su título como ingeniero informático y a su trabajo para la firma Stover. Durante los últimos cuatro meses había trabajado como ingeniero jefe de programación, trabajo que en parte compartía diariamente con Gabe.
Aun así, la relación entre ellos era profesional en el sentido de que él nunca se había entrometido en su vida personal, y ella casi no sabía nada de la de él.
Pero Andrea no debería haberse olvidado de su fuerte personalidad ni de su genuina curiosidad por la vida. Esas facultades lo habían llevado a la cima de una carrera que incluso maravillaba a los profesionales del mundo de las altas finanzas.
–Bueno...
–Esto debe de ser muy difícil para ti. ¿Puedes tener hijos? –

insistió.

Ella se estremeció. La incapacidad de concebir un hijo era otro de sus temores. Tal vez algo no funcionaba en su sistema reproductor, y sus óvulos podrían no ser buenos. Desgraciadamente nunca tendría la oportunidad de descubrirlo.

–No tengo idea –respondió, finalmente–. Nunca he estado casada.

–Pero entiendo que Bret y tú…

–Los rumores que corren por la oficina son falsos –replicó, cortante.

Qué estúpida había sido en relacionarse con Bret Weyland. Como jefe de ventas para Estados Unidos, también pasaba mucho tiempo trabajando con Gabe. Ésa era la única razón por la que había salido con él; para probarse a sí misma que Gabe no significaba nada para ella. Desgraciadamente, todo había salido mal y había dañado a Bret.

–Es extraño –Andrea volvió a oír la voz de Gabe–, Bret dijo justamente lo contrario cuando anoche nos encontramos en el vestíbulo.

–Mintió. ¡Hace un mes que rompí con él! –replicó enfadada.

–Él es uno de mis colaboradores más importantes. ¿Por qué habría de inventar algo semejante? –insistió el jefe.

Ella echó la cabeza hacia atrás y la melena rubia se esparció sobre los hombros.

–¿No es lo que hace todo el mundo cuando se siente herido? Mira, por si te interesa, nunca he dormido ni convivido con un hombre –replicó. Los ojos grises de Gabe se entornaron, incrédulos. Sus pestañas eran tan negras como el cabello ensortijado. Con esa nariz orgullosa y ese mentón, que siempre necesitaba un afeitado, seguro que una generosa porción de sangre europea meridional corría por sus venas–. No sé qué te causa tanta sorpresa –observó Andrea al ver que él no decía nada–. Hay muchas mujeres que primero desean un anillo de bodas. En mi situación me he preservado para el matrimonio en mi propio perjuicio –manifestó con un ligero temblor en la voz y la mirada baja. Era el momento de expresar lo que necesitaba decir y salir de allí antes de estallar en sollozos–. La próxima semana mi médico tiene unas horas disponibles para practicar la operación. Trabajaré con Darrell hoy y

mañana para prepararlo. En seis semanas descubrirás que es la persona perfecta para sustituirme.

La mirada de Gabe, como un rayo láser, bien podría haberla dejado clavada en la pared.

–¿A qué vienes esto, Andrea?

«Lo hago por tu causa», pensó ella.

–Una vez te conté que mis padres tienen una tienda de regalos en Scarsdale. Siempre han querido que me incorpore al negocio familiar. Les dije que lo haría cuando fuera oportuno. Creo que ese día ha llegado ya que se hacen mayores y se cansan con mucha facilidad.

–Al diablo con eso –Gabe mordió las palabras con desacostumbrada violencia, aunque no alzó la voz–. Has venido a pedirme una baja por enfermedad y terminas diciéndome que te marchas. Antes de que eso suceda, despediré a Bret.

–¡No, no debes hacerlo! –los ojos azules lo miraron implorantes–. La verdad es que lo dejé cuando me pidió que fuera a vivir con él. No estoy enamorada de Bret. Ha intentado salvar la cara frente a ti y a los demás. No puedes esgrimir eso en su contra.

Una extraña mirada corrigió la expresión de los recios rasgos de Gabe, una mirada que ella no pudo interpretar. Gabe se reclinó en la silla al tiempo que escrutaba su rostro de manera perturbadora.

–No lo haré.

–Gracias –murmuró, aliviada.

–De nada. Tengo que decir que tu preocupación por él es admirable. Es una lástima que muchos otros carezcan de tu sentido de la decencia.

Ella inclinó la cabeza.

–No creas que soy una santa. Debí haberlo pensado mejor antes de implicarme con un colega. Es una manera de ir de cabeza al desastre.

Andrea estaba tan enamorada de Gabe que nunca se dio cuenta de la intensidad de los sentimientos de Bret. No, hasta que el daño estuvo hecho. Pero ningún hombre podía competir con el que tenía frente a ella. Su brillante inteligencia y sus apuestos rasgos viriles le impedían prestar atención a otro hombre.

A pesar de que ella lo había negado con vehemencia, Bret se había figurado que estaba enamorada de su jefe. Aun así, no tenía

idea de que sus celos lo hubieran empujado a decir a Gabe algo que no era cierto.

La situación se había tornado insostenible.

–Ya que voy a reponerme en casa de mis padres, creo que es la mejor oportunidad para renunciar –dijo tras respirar a fondo–. Darrell podrá hacerme consultas telefónicas durante mi período de reposo. Tu empresa no notará el cambio.

–¿Has considerado la otra opción?

La pregunta fue un desafío a su paciencia.

–No me atrae en absoluto la fertilización *in vitro* de un donante desconocido, si te refieres a eso. Un niño merece crecer junto a sus dos padres.

–No podría estar más de acuerdo. Si lo que realmente deseas es operarte enseguida, está claro que no puedo impedírtelo.

El médico le había dado seis meses como máximo y luego tendría que someterse a la intervención quirúrgica. Aunque para entonces sufriría un dolor físico intolerable. La decisión de hacerlo enseguida era horrible. Sin embargo, si se operaba cuanto antes, podría enfrentarse a la prueba inminente en buen estado físico.

–Me... me alegro de que lo comprendas –balbuceó con tristeza al comprobar que su jefe no insistía en que se quedara.

–¿Te encuentras bien en este momento?

–Sí.

–Entonces volaremos a París esta misma mañana en lugar de hacerlo la próxima semana, como estaba estipulado. Me gustaría que Emile y su equipo trabajaran con mi experta ingeniero antes de que no podamos contar contigo –explicó mientras ella luchaba con sus torturados pensamientos.

¿París? Era la primera vez que oía hablar de ese viaje.

Desde su promoción en la empresa habían ido a Río y a Singapur en viaje de negocios, pero nunca a Europa, el lugar que siempre había deseado visitar en su luna de miel. Era otro sueño imposible, como el de dar a luz un hijo de Gabe.

–Estaremos allí el fin de semana –añadió–. ¿Cuánto tardarás en prepararte para ir al aeropuerto?

Su último viaje con él... No podía soportar aquel pensamiento.

–Media hora.

–Benny te llevará a tu apartamento y luego al aeropuerto. Te

veré en el avión. No olvides el pasaporte –dijo. Luego descolgó el auricular para dar instrucciones a su chófer.

Andrea se marchó de la oficina con la sensación de que empezaba a despertar tras un fuerte golpe.

La sede de la empresa Corbin PC ocupaba las plantas veintinueve y treinta del edificio Saxbeen, en el centro de Manhattan.

Un ascensor que bajaba abrió las puertas y Bret salió en mangas de camisa, con una carpeta. La oficina de ventas se encontraba en la planta superior.

–Andrea...

–Hola, Bret –saludó al tiempo que entraba en el ascensor con la esperanza de que no la siguiera. Afortunadamente sólo se quedó mirándola con tristeza hasta que las puertas se cerraron. Esa imagen la acompañó hasta que salió del edificio en dirección a la limusina que la esperaba. Sí, renunciar era lo mejor para ella y para Bret. Gabe nunca podría sustituirlo por alguien mejor.

En cuanto a Andrea, la operación y el período de reposo la mantendrían definitivamente fuera de la órbita de su jefe. Aunque su recuerdo nunca la abandonaría.

Siete horas después, una limusina de la empresa de Gabe en París los llevó desde el aeropuerto De Gaulle a una comuna cerca de París llamada Champigny. Pronto Andrea se encontró en una chalana en las turbulentas aguas del río Marne. Gabe le explicó que se quedarían en una isla.

Para su sorpresa y secreto deleite, en lugar de hospedarse en un lujoso hotel como el Ritz, la había llevado a un aislado lugar de antiguo encanto.

Frondosos árboles con un lozano follaje propio del mes de junio crecían junto a la ribera del río donde había unos cuantos pescadores con boinas. La escena le recordó una pintura de Renoir que le encantaba. Representaba a un grupo de campesinos en ropa de trabajo en torno a una mesa disfrutando de una botella de vino al final de una larga jornada. Andrea se sintió transportada a otro mundo.

El conserje del Vieux Pecheur Hotel bien podría haber sido uno

de ellos.

El hombre sonrió al verlos entrar en el pintoresco y pequeño vestíbulo.

–*Bonsoir, Madame, Monsieur.*

–*Bonsoir* –saludó Gabe a la vez que dejaba las maletas en el suelo–. *Je m'appelle Gabriel Corbin. Vous m'avez reservé deux chambres, n'est–ce pas?*

–*Oui, oui. Remplissez l'affiche, s'il vous plâit.*

Andrea parpadeó al tiempo que Gabe procedía a registrarse. Ignoraba que sabía hablar francés con la fluidez de un nativo. Tal vez sus padres eran franceses. Así se podría explicar sus atractivos rasgos meridionales.

Tan pronto como las llaves cambiaron de manos, Gabe recogió las maletas y subieron por una escalera circular a la planta superior. Se detuvo ante la primera puerta a la izquierda y la abrió.

Andrea dejó escapar un pequeño grito de deleite.

Había dos camas gemelas con cobertores verdes, un armario del siglo XIX, un tocador y una ventana con cortinas verdes y blancas que daba a una tranquila calle. Pequeñas flores de lis cubrían el empapelado de las paredes y el techo. La habitación era encantadora.

No había teléfono. No había televisor.

–¡La adoro!

–Pensé que te gustaría. El baño está al final del corredor. Hay que compartirlo –dijo Gabe. Ella se volvió a mirarlo. Era un hombre tan atractivo que su cuerpo se aceleró–. Mi habitación es la siguiente a la derecha. Te espero en el vestíbulo dentro de diez minutos para dar un paseo antes de cenar. Necesito estirar las piernas y me imagino que tú también.

–¿Nos reuniremos con Emile y los otros más tarde?

–Esta noche no –dijo antes de cerrar la puerta.

Parecía extraño, pero tal vez se encontraba demasiado cansado para compartir la velada con sus empleados. En cuanto a Andrea, estaba tan excitada de encontrarse en París que se alegró de postergar el trabajo hasta el día siguiente.

Lo primero que hizo fue asomar la cabeza por la ventana para echar un vistazo a su reino. Era la hora del crepúsculo. Tuvo la impresión de que las pocas personas que transitaban por la calle

ninguna era turista.

Un joven montado en una bicicleta pasó por la calle y le silbó antes de decirle algo en su idioma. Andrea no pudo evitar una sonrisa antes de apartarse de la ventana e ir al cuarto de baño a refrescarse.

Más tarde examinó la falda de lino en tono crema que se había arrugado en el vuelo. Afortunadamente el top de algodón de color mango estaba impecable.

Tras buscar en el bolso, se cepilló el pelo y se aplicó un tono coral en los labios. Gracias a Dios que había llevado sus cómodas sandalias italianas. Podría pasear sin problemas.

Acababa de llegar al vestíbulo cuando oyó una voz masculina con fuerte acento francés.

–Esperaba que la hermosa mujer americana bajara pronto.

–Vaya –exclamó ella, en broma.

Era el tipo que había visto hacía poco. La bicicleta estaba colocada detrás del mostrador. Tendría unos veinte años. Sus rasgos galos se parecían a los del conserje que los había atendido anteriormente.

–No duermes en la misma habitación de tu amigo. Eso significa que podrías salir conmigo esta noche, ¿verdad? Podríamos pasarlo muy bien juntos. Me llamo Pierre.

–Es una oferta tentadora, Pierre, pero estoy aquí por negocios. Él es mi jefe –Andrea dejó escapar una risita.

–¿Qué le pasa? ¿Te trae a París y no comparte tu cama? No lo puedo entender.

–Nadie te ha pedido que lo hagas –se oyó una voz glacial detrás de ellos.

Gabe había bajado sin que ella se diera cuenta. Llevaba una camisa de seda negra y pantalones grises.

Siempre lo había visto con traje. La transformación le confería una potente virilidad que la dejó sin aliento.

–No hablaba con mala intención. Vámonos –susurró Andrea que pudo sentir la rigidez del cuerpo de Gabe cuando le pasó una mano por la cintura y la guió fuera del hotel. Andrea sintió que le quemaba el calor de su contacto.

–Lo siento. No volveré a dejarte sola –comentó cuando pasaron delante de una pastelería junto al hotel.

–He conocido chicos como él, es lo que suelen hacer.

Gabe apretó las mandíbulas.

–No es un chico, Andrea, y anda a la caza de cualquier mujer dispuesta. Aunque no debería sorprenderme tu defensa. Hiciste lo mismo con Bret.

–Es cierto –replicó Andrea, con una sonrisa–. Estoy segura de que ese chico se comporta de la misma manera con todas las mujeres viejas o jóvenes que se hospedan en el hotel para dejarlas contentas.

–¿Y a ti te dejó contenta?

–Bueno, de alguna manera, sí. Será un gracioso recuerdo.

–No he de olvidarlo –dijo, otra vez de buen humor.

Durante media hora pasearon bajo la bóveda de árboles conversando intermitentemente. La suave y cálida brisa del verano hacía estragos en los sentidos de Andrea y al parecer a él también lo afectaba. Andrea se cuidó de no rozarlo porque su contacto le transmitía una especie de corriente eléctrica.

De pronto Gabe interrumpió la conversación y se detuvo para hablar con uno de los pescadores apostados en la ribera del río. Al parecer el hombre no tenía suerte, pero Andrea observó que se le iluminaron los ojos al oír lo que le dijo su jefe.

Sacó de la cesta otro tipo de cebo y lo puso en el anzuelo, al extremo del sedal. Muy pronto tuvo que emplearse a fondo. Tras haber sacado un pez de buen tamaño, palmeó el hombro de Gabe con una sonrisa.

–¿Qué es? –preguntó ella.

–Una carpa.

–Nunca la he probado.

–La carpa ahumada es algo fuera de lo común. Me alegro de que el viejo haya pescado algo porque el Marne está muy contaminado.

–Eres una caja de sorpresas –comentó Andrea cuando empezaban a volver–. ¿Naciste aquí en Francia como para saber con qué clase de carnada picaría el pez?

Él le dirigió una curiosa mirada.

–No, soy nativo de St. Pierre et Miquelon –le informó. Ella frunció el ceño–. Es un territorio francés cerca de la costa de Terranova.

La mención de la provincia canadiense encendió una luz en la

mente de Andrea. Se detuvo para mirarlo.

–¡Es cierto! Recuerdo que mi profesora de geografía del instituto nos habló de unas islas que eran la única posesión francesa que quedaba en Norteamérica. Una gran industria pesquera. Nos contó que Al Capone solía ocultarse ahí durante los años de la Prohibición.

Gabe esbozó una sonrisa.

–Tienes buena memoria y sabes más del lugar que el noventa por ciento de la gente. Estoy impresionado.

–Nunca he conocido a nadie de allí. Tu inglés es tan perfecto que no tenía idea.

–Mi madre es estadounidense. Tengo doble nacionalidad.

–¿Tu familia todavía vive allí? –preguntó. Quería saber todo acerca de él.

Una sombra fugaz empañó la mirada de Gabe.

–Sí.

–¿Y cómo fue que te marchaste?

–Deseaba vivamente explorar el mundo.

–¡Y mira lo que sucedió! –dijo impulsivamente con una sonrisa–. Aunque, por lo que acabo de ver, todavía estás atado a tus raíces de pescador.

Él asintió.

–Soy miembro del Consejo Francés para la Pesca. Por eso estoy al tanto de los problemas del Marne –dijo al tiempo que reanudaban el paseo.

–¿La industria pesquera de tu isla tiene problemas?

–Si realmente deseas saberlo, contestaré tu pregunta mientras cenamos.

Gabe le rodeó los hombros con el brazo y la guió hacia un adorable café muy cerca del hotel. Era un lugar hecho para enamorados con sillas rústicas y pequeñas mesas redondas cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos.

Unas cuantas parejas bailaban al compás de una antigua canción de amor francesa interpretada al acordeón por un músico ambulante.

–Aquí se sirve un solo plato –explicó Gabe mientras un camarero ponía una jarrita de vino blanco en la mesa y pan recién salido del horno–. No habrás vivido nada hasta que no pruebes los mejillones

de la casa.

Andrea decidió que no había vivido nada hasta que entró en ese mundo encantado junto a Gabe. Un sueño fantástico del que temía despertar en cualquier momento.

Capítulo 2

Mientras bebían vino y comían el delicioso pan, Andrea miraba furtivamente a Gabe.

El fulgor tembloroso de la vela entre ellos revelaba el sorprendente color de sus ojos que en ese momento brillaban con un tono plateado. Con sus oscuros cabellos rizados y el mentón ya sombreado, era el hombre más sensacional que jamás hubiera visto en su vida.

–*Bon appetit* –dijo el camarero tras poner ante ellos una fuente de mejillones y un plato con patatas fritas.

–Los han preparado con una salsa de vino blanco, ajo y nata. Pruébalos y verás –sugirió Gabe. Después de probar uno, ella no pudo parar–. Mi abuela solía prepararlos de esta manera. Mis hermanos y yo competíamos por ver quién comía más.

–Puedo entenderlo. Nunca he comido algo tan delicioso –dijo ella con una risita.

Las confidencias que empezaron a surgir de a poco llenaron los espacios que conformaban al hombre oculto tras su máscara profesional.

–¿Cuándo falleció tu abuela?

–Hace dos años –respondió Gabe antes de apurar su copa de vino.

–Lo siento –murmuró. Quizá a él no le gustaba que lo interrogara de ese modo pero ella ansiaba las respuestas que sólo él podía darle–. ¿Tu familia es numerosa?

–Soy el segundo de cuatro hermanos. Dos son gemelos.

–Qué suerte tienes. Yo soy hija única.

–Todos están casados. Tengo siete sobrinos. Además está Giles, mi padre, mi abuelo Jacques y dos tías casadas, con hijos y nietos.

Ninguna referencia a la madre.

–Vaya.

–Todos habitan en el mismo barrio de St. Pierre y viven del mar. Tenemos noticias de que el primer Corbin procedía de Bretaña.

–¿Y qué hay de la familia de tu madre?

–Tengo muchos familiares en Chicago.

–¿Y cómo diablos tus padres llegaron a conocerse?

–Cuando mi madre volvía casa tras un viaje a Europa, el avión tuvo que ser desviado a Halifax. Se conocieron casualmente porque quedaron incomunicados casi una semana en el aeropuerto debido a una terrible tormenta en el Atlántico. Una cosa llevó a la otra y él la invitó a casa para presentarle a la familia. Se casaron, tuvieron hijos. Se divorció de mi padre cuando yo tenía dieciocho años –dijo. Ella detectó una mirada de dolor en sus ojos mientras hablaba del pasado.

La inesperada revelación conmovió el corazón de Andrea. La ruptura de sus padres tuvo que haberle causado un gran daño y sin embargo, él había canalizado ese daño y la rabia de un modo tan constructivo que fue capaz de crear su propio imperio. Si no hubiera dado ese paso, la empresa Corbin PC no habría existido y Andrea nunca lo hubiera conocido.

–Sobrevivimos, Andrea. A lo largo del tiempo, hemos mantenido una estrecha relación con mi madre. Nos vemos a menudo. Trabaja en una agencia de viajes y todos los meses vuela a St. Pierre para ver a mis hermanos.

Debido a la proximidad de él y al efecto del vino que había acompañado a la deliciosa cena, casi se sentía flotar.

–Ibas a hablarme acerca de los problemas económicos de tu isla.

–Más tarde –murmuró Gabe–. Ahora quiero bailar contigo.

Muchas veces había escuchado *La Vie en Rose*, pero nunca había bailado esa música interpretada por un auténtico acordeonista francés. El cuerpo de Gabe armonizaba perfectamente con el de Andrea, que hundió la cara en su hombro.

–¿Te diviertes, Andrea?

Ella se sentía en el Paraíso, pero no podía decírselo.

–Gracias a ti estoy viviendo una experiencia inolvidable.

–Entonces mírame.

Ella se estrechó aún más contra él.

–Me da miedo.

–¿Por qué?

–Porque huelo a ajos.

Una risa silenciosa estremeció el cuerpo de Gabe.

–A mí me pasa lo mismo, así que no hay problema.

Finalmente ella alzó la cabeza.

–Ojalá tuviera un poco de chicle.

–Más bien prefiero el sabor a champán de tus labios.

En un segundo, la tentadora boca masculina se posó en la de ella, y el cálido beso le pareció tan natural que involuntariamente abrió los labios.

Mientras bailaban en la pista, lentamente el beso se tornó más profundo y se convirtió en parte de la magia de esa noche. Una canción siguió a la otra, igual que lo besos. Andrea perdió la noción del tiempo en que permanecieron en ese estado de felicidad.

Gabe había empezado besándole las mejillas, el cuello y los cabellos y ella dejaba escapar suaves gemidos. Había olvidado que los miraban desde las mesas vecinas hasta que dejaron de bailar.

Entonces sintió que se sonrojaba ante su falta de control. Se separó de él y, pasando entre los comensales, se dirigió con piernas temblorosas a la mesa en busca de su bolso. No había bebido demasiado, así que no podía culpar al vino de su conducta temeraria. Era Gabe el que la convertía en una sibarita.

Sin esperarlo, salió del café y se marchó al hotel.

Gabe le dio alcance cuando subía la escalera.

–¿Por qué tanta prisa?

Habían llegado a la puerta de ella.

–Tuve un pequeño arrebato en la pista de baile y hace rato que pasó mi hora de ir a dormir.

–Debí haberte traído a París mucho antes para disfrutar de tu primera reacción –comentó con una risita ronca que resonó en los huesos de la joven.

–Fue maravilloso que me trajeras aquí, Gabe. Nunca lo olvidaré. Buenas noches –dijo con voz temblorosa al tiempo que introducía la llave en la puerta.

–¿Andrea?

–¿Sí?

–Gracias por dejarme este recuerdo. Vendré a buscarte a las ocho y media. Iremos a desayunar a la pastelería de al lado. Que duermas bien –murmuró antes de alejarse.

Andrea despertó como siempre, a las seis y media aunque el cuerpo le pedía dormir un poco más.

Incapaz de permanecer en la cama, se vistió con una blusa de algodón caqui y falda del mismo color. Cuando se hubo peinado y maquillado hizo la maleta y bajó al vestíbulo.

–*Bonjour*. El señor Corbin está desayunando en la pastelería. Si lo desea puede dejar su maleta aquí –dijo una señora que se encontraba tras el mostrador de recepción.

–Gracias.

El cielo estaba gris y amenazante. Andrea descubrió a Gabe sentado en una de las mesas delante de la pastelería. Mientras leía *Le Figaro,* mojaba un cruasán en la taza.

Los vaqueros ceñidos, la camiseta color borgoña y las zapatillas deportivas le conferían un aire tan sensualmente masculino que el corazón de Andrea dio un salto.

Mientras se aproximaba, él alzó la vista del periódico y le dirigió una intensa mirada fugaz. Entonces se puso de pie y la acomodó en una silla junto a él.

–Yo tampoco duermo mucho –comentó al tiempo que alcanzaba la jarra del café y le llenaba una taza.

La dueña de la pastelería se acercó a ellos con un plato de dorados cruasanes.

Pero ella tenía una sensación de revoloteo en el estómago que le impedía comer.

La tranquilidad de Gabe llegó a convencerla de que había olvidado lo ocurrido entre ellos la noche anterior.

–¿A qué hora nos espera Emile?

–No nos espera –dijo mirándola por encima del borde de la taza.

Ella casi se atragantó con el café.

–No entiendo.

–Te voy a aclarar las cosas –dijo Gabe. Dejó la taza en el platillo, se inclinó sobre la mesa y le dirigió una mirada velada–. Te traje a París sólo por una razón.

–Si te refieres a seducirme, anoche tuviste la oportunidad –dijo en tono de broma porque no tenía la menor idea del rumbo que tomaría esa conversación.

Para su sorpresa, él ni siquiera sonrió.

–Se equivoca, señorita Bauer.

Las mejillas de Andrea se sonrojaron.

–¿Crees que no lo sé?

–Nunca antes he propuesto matrimonio a una mujer y pensé que éste era el lugar ideal.

La taza se escapó de entre las manos de Andrea y derramó un poco de café en la blusa.

–Lo siento, soy tan torpe –tartamudeó mientras frotaba la mancha con una servilleta–. Parece que no te he entendido bien.

–¿Te refieres a pedirte que seas mi esposa? –preguntó al tiempo que le cubría la mano con la suya.

–Seguro que bromeas.

–Nunca lo hago.

Ella lo sabía.

Gabe era un hombre de naturaleza seria. Ella dudaba de que hubiera un solo hueso frívolo en ese cuerpo alto y poderoso, de innegable atractivo para ella.

Andrea vislumbraba a veces una inexplicable melancolía en su expresión que la conmovía profundamente. Tras la conversación de la noche pasada empezaba a comprender alguna de las razones de esos raptos de tristeza.

–No hay que casarse cuando no se está enamorado –susurró luchando por sacar la voz.

–Nosotros nos gustamos –replicó Gabe con la misma seguridad que desplegaba en las juntas administrativas–. Todo lo que tienes que hacer es recordar lo de anoche para saber que es verdad.

Ella no había sido capaz de pensar en otra cosa. Lo sucedido había atormentado sus sueños produciéndole tal agitación que había deseado ir a la habitación de Gabe y pedirle que le hiciera el amor.

–Yo...

–¿Quién dice que gustarse no sea mejor que amar? –declaró. La pregunta retórica de Gabe era una prueba de que el divorcio de sus padres lo había lesionado emocionalmente, tal como ella había pensado–. El amor es un sentimiento que puede torturar el alma. Sin embargo, debes admitir que tenemos una excelente relación laboral, Andrea. Nos conocemos mejor que nadie. No recuerdo que alguna vez hayamos tenido una desavenencia. Y no cabe duda de que somos sexualmente compatibles.

El pulgar que acariciaba la palma enviaba pequeños dardos de excitación a todo el sistema nervioso de Andrea.

–¡Estás loco! –dijo al tiempo que retiraba la mano como si hubiera sufrido una picadura–. He trabajado lo suficiente contigo como para saber que Gabe Corbin no hace nada que no forme parte de un gran plan.

–Eso es cierto –convino a la vez que se reclinaba en la silla.

Ella lo miró abiertamente.

–¿Cuál es la verdadera razón por la que me has elegido para contraer un matrimonio sin amor?

–Si puedo ayudarte no voy a permitir que deseches la posibilidad de dar a luz a tu propio hijo. Será nuestra primera prioridad –declaró tras someterla a una íntima mirada apreciativa.

–*Tú* quieres *darme* un bebé –se burló Andrea.

–Así es, excluyendo circunstancias imprevistas, claro está. Quiero que nos casemos para que puedas tener tu propio bebé.

–¿Qué está pasando? –inquirió ella al tiempo que se levantaba de un salto–. ¡Y no me digas que lo haces movido por la bondad de tu corazón! ¿Qué ganas tú con esto? –añadió mientras inclinaba sobre él su alto y curvilíneo cuerpo.

–Una manera de expiar mis pecados –replicó, sombrío.

Como solía suceder cuando ella le hacía una pregunta comprometida, él siempre salía con una respuesta inesperada que la confundía. Andrea volvió a sentarse, más calmada.

–¿Qué pecados?

–Cuando me marché de St. Pierre a la universidad, Jeanne Marie, una de las chicas de la isla, fue a mi apartamento en Nueva York.

Dijo que había sufrido con mi partida y que esperaba que nos casáramos. Era una demanda absurda ya que no teníamos un pasado juntos. Y ella sabía que nunca podría haber un futuro. La verdad es que una vez dormimos juntos. No me enorgullece, pero lo hice. El matrimonio con ella o con cualquier otra era lo último que deseaba. Le dije que regresara a St. Pierre. Más tarde mi padre me informó que iba a casarse con mi hermano Yves. Me dolió el hecho de haber estado con la mujer que mi hermano quería convertir en su esposa. Merecía saber la verdad acerca de Jeanne Marie y yo antes de que las cosas siguieran adelante, así que hice planes para viajar a la isla y hablar con él. Pero mi padre me dijo algo que cambió mi vida –explicó Gabe.

–¿Tu vida?

–Sí, dijo que ella acababa de sufrir un aborto espontáneo. Añadió que sabía que yo era el padre, aunque todo el mundo pensaba que ese hijo era de Yves. Entonces sugirió que sería muy prudente que, por el bien de mi hermano, nunca regresara a la isla.

–Gabe, ¿quieres decir que desde entonces nunca has vuelto a casa? –preguntó, estremecida.

La emoción ensombreció los ojos de Gabe.

–Viajé el día que enterraron a mi abuela, pero esperé hasta la noche para visitar su tumba. Encontré al abuelo en el cementerio, solo. Conversamos hasta el amanecer y luego me marché de la isla.

Ella movió la cabeza de un lado a otro, conmocionada.

–¿Por qué Jeanne Marie no te dijo que estaba embarazada cuando fue a verte? –preguntó, con voz temblorosa.

–La noche que estuvimos juntos tomé precauciones que le hicieron comprender que yo no deseaba que hubiera consecuencias. Probablemente temió decírmelo.

–¡Pero era tu hijo! Tenías derecho a saberlo.

–Estoy de acuerdo. Sin embargo, ¿quién piensa con claridad a los dieciocho años? –Gabe cruzó los brazos sobre el pecho.

–Tú. De otro modo no te habrías marchado de la isla para realizar tus sueños.

–Me marché porque no podía soportar ver el dolor en los ojos de mi padre tras su divorcio.

Andrea lo creyó, aunque para ella otras fuerzas lo habían impulsado a cumplir su destino.

–Lo siento, Gabe –dijo, consciente de que esas palabras no traducían sus sentimientos–. Yo..., yo aún no comprendo cómo puedes expiar tus pecados casándote conmigo.

Él contuvo el aliento.

–No has vivido con mi culpa. Jeanne Marie me necesitaba y yo la rechacé.

–No lo habrías hecho si ella hubiera sido sincera contigo.

Gabe esbozó una fría sonrisa que desapareció al instante.

–Gracias por defenderme, pero eso no mitiga mi culpa. Dormí con ella sin amarla.

–Ella te buscó porque estaba dispuesta, Gabe. Le corresponde la mitad de la culpa.

–Puede ser, pero si me hubiera casado quizá no habría perdido a su hijo.

–Te estás castigando por algo que no podías remediar sin saber todos los hechos –dijo, compasiva.

–Nada de eso importa ahora. Nuestro hijo no sobrevivió y para mí no ha habido manera de compensar lo ocurrido. Ayer por la mañana, cuando fuiste a verme, sentí tu desesperación y supe que podía hacer algo por ti antes de que fuera demasiado tarde.

Andrea desvió la mirada.

–Yo...

–Sabiendo lo que estaba en juego admiré tu honradez al no utilizar a Bret que sin duda deseaba casarse contigo, algo que yo no hice por Jeanne Marie porque no estaba preparado –dijo con voz apagada–. Creo que podemos hacerlo, Andrea. No tenemos secretos, sólo la esperanza de que quedes embarazada.

Andrea volvió a mirarlo. Sus ojos brillaban con una intensidad que no había visto anteriormente. Tal vez él quería un hijo para sustituir al que su padre le dijo que había perdido.

Se le encogió el estómago al pensar que mentía al no revelarle sus sentimientos. ¿Pero cómo podía confiarse a él? Igual que con Jeanne Marie, él no buscaba su amor.

–Disto mucho de la perfección, Gabe.

Él se encogió de hombros y ella notó el movimiento de los duros músculos bajo la camiseta.

–Nuestra relación se construiría sobre las bases de la honestidad, no de la perfección. Lo que propongo es que nos casemos de inmediato e intentar que quedes embarazada cuanto antes.

–¿Y si no puedo concebir? –lo desafió.

La irritaba su sangre fría respecto a algo tan sagrado como el matrimonio.

–Nos ocuparemos de ello en su debido momento.

–Te refieres al divorcio.

–Sólo si ambos lo deseamos –dijo tras una pausa–. Hay una sola condición. Estoy dispuesto a engendrar a nuestro hijo y ofreceros todo lo que tengo pero tú tendrías que aceptarla.

Ella sabía que tenía que haber una condición.

–Además de un sano respeto por la forma en que has hecho fortuna con el sudor de tu frente, nunca desearía poseer tu riqueza.

La responsabilidad sería... espantosa.

–Lo sé muy bien –fue la sorprendente respuesta–. Cuando se ha tenido que vivir de forma tan precaria antes de hacer fortuna, uno adquiere un sexto sentido respecto a la gente. He aprendido a elegir a mis colaboradores cuidadosamente. Tú eres una mujer decente –dijo al tiempo que la miraba con intensidad–. ¿No quieres saber cuál es mi condición?

Andrea se estremeció. Cuando empezaron a salir juntos, Bret le dijo que había un aspecto despiadado en la naturaleza de Gabe. Aunque siempre había sido un tanto reservado, todo el mundo lo admiraba. Trataba a sus empleados con ecuanimidad y se preocupaba por ellos. Todo el mundo lo respetaba.

Entonces se había reído del comentario de Bret, pero en ese momento no tenía ninguna gana de hacerlo. En ese viaje había vislumbrado aspectos desconocidos de la personalidad de Gabe. Estaba claro que no la amaba y se sentía hundida por eso.

–Gabe...

–Voy a regresar a St.Pierre.

Ella parpadeó.

–¿Quieres llevarme de visita?

–No. Será para siempre. Yves y Jeanne Marie tienen dos hijos adolescentes. Ya no soy una amenaza para su matrimonio. Añoro el mar... y mi casa.

–Pero, ¿y tu empresa?

–La estoy vendiendo. Voy a emplear el dinero de la venta en un fondo perpetuo en favor del bienestar de la isla que desde hace años sufre una fuerte crisis económica.

¿Iba a deshacerse de su billón de dólares? ¿Así sin más?

–¿Cuándo tomaste la decisión?

–Hace mucho tiempo. Desde que mi familia rechazó mi ayuda económica. Así que tuve que buscar otro medio de hacerlo. El caso es que siempre he querido regresar. Me he mantenido en contacto con mi abuelo. Ha sufrido una gran depresión desde que falleció mi abuela. Para empeorar las cosas, hace poco murió Gorka Zubeldia, su amigo de la infancia que vivía en la casa de al lado. Su viuda, Karmele, tiene intenciones de marcharse a los Pirineos a reunirse con su hijo.

–Así que no fuiste el único hijo que se marchó de la isla.

–No. Cuando el abuelo me contó la noticia, hice que mi asesor financiero comprara para mí la casa de Zubeldia sin que el abuelo lo supiera. Necesita reparaciones. Hasta que quede vacía y en condiciones viviremos con el abuelo. Espero que mi vuelta le levante el ánimo y le ayude a disfrutar los años que le quedan. Los Corbin son famosos por su longevidad. Sólo tiene ochenta y un años.

Al parecer había planificado todo hasta el último detalle. Las cosas iban demasiado deprisa.

–Él no tiene idea de tu viaje, ¿verdad? –preguntó ella, tras estudiar su rostro un instante.

–No. Pero el día que me marché de St. Pierre los abuelos me dijeron que sus puertas siempre estarían abiertas para mí. Conservo recuerdos entrañables de la casa. Sin embargo, es un mundo aislado, Andrea, y muy duro en algunos aspectos. Naturalmente que voy a dejar suficiente dinero en un fondo de fideicomiso para que el niño y tú quedéis protegidos en caso de que me sucediera algo. Aunque me refiero más bien a las condiciones de vida. A la niebla, al hielo, al frío de los inviernos interminables. Pocos forasteros pueden acostumbrarse en una sociedad insular que vive del mar, formada por gente apegada a sus tradiciones. Pero la isla es mi hogar. Si tengo un hijo, ahí es donde me gustaría que creciera, como yo lo hice –declaró.

«Qué hombre tan extraordinario», pensó Andrea.

–Con excepción de mi padre y de mi abuelo, el resto de la familia ignora la verdadera razón de mi ausencia. Están resentidos porque piensan que soy un traidor que abandonó la isla a causa de las dificultades económicas. Eso es un pecado para ellos. Tal vez no quieran conocerte y es posible que nunca te acepten. Te cuento todo esto para que no haya sorpresas en caso de que decidas casarte conmigo. Me gustaría que me respondieras esta noche. Mientras tanto pasearemos por la ciudad.

Andrea dudó de que alguna vez otra mujer hubiera recibido una proposición de matrimonio tan singular.

¡Qué elección! O no verlo nunca más o vivir con él bajo circunstancias casi insostenibles, si no imposibles.

–Me has dado mucho en qué pensar –dijo al tiempo que se levantaba de la mesa–. Si no te importa, me gustaría volver hoy

mismo a Nueva York.

–De acuerdo. Pediré una limusina y avisaré al piloto que vas de camino al aeropuerto.

–¿No vienes también? –preguntó, vacilante.

–No, tengo una reunión importante. No tardes mucho en decidirte. Un retraso sería un crimen ya que sólo tienes cinco meses para concebir. A pesar de lo ocurrido con Jeanne Marie, no puedo garantizarte un embarazo tan rápido, pero estoy preparado para intentarlo –declaró. Para Andrea fue difícil aceptar una sinceridad tan brutal–. Cuando llegue a Nueva York te llamaré para saber tu respuesta. Que tengas un buen viaje, Andrea.

–Tú también –murmuró ella.

Camino al aeropuerto en la limusina, Andrea pensó que sin duda Gabe había orquestado ese viaje tan romántico para comprobar que a ella no le era físicamente indiferente. Probablemente su respuesta entusiasmada en la pista de baile lo había conmocionado.

Seis horas después, bajaba del jet privado donde descubrió al chófer que la esperaba.

–Bienvenida, señorita Bauer. El señor Corbin me dijo que la llevara directamente a su apartamento puesto que seguramente no ha dormido mucho.

–Tengo que admitir que estoy cansada. Gracias por venir a buscarme.

–Es un placer.

Todo era diferente. Nada se comparaba al cielo ni al perfume de la brisa de Champigny. Nada era bueno porque Gabe no estaba con ella.

Cuando se enfrentó al pensamiento de no volver a verlo nunca más, sintió un vacío terrible.

Una de las primeras cosas que hizo al entrar en su pequeño piso fue ir a la cocina y escuchar los mensajes telefónicos.

Había varios de su madre que se preguntaba si iría a casa ese fin de semana. Había otro de su vecina Sue que quería comer con ella. El siguiente mensaje era de Bret:

«Fue duro verte en el ascensor sin poder hablar contigo. Te echo de menos como un loco, Andrea. Perdóname por haberte acusado de amar a tu jefe. Debo admitir que estaba muy celoso. Sé que para un hombre

corriente como yo es imposible competir con Gabe Corbin. ¿Podemos volver a empezar? Si te prometo...»

Andrea borró todos los mensajes.

Cuando intentaba poner en orden sus caóticas emociones, sonó el teléfono móvil.

–¿Diga?

–Me alegro de que hayas llegado bien, Andrea –oyó la voz de Gabe. Andrea se apoyó contra el mostrador–. Has tenido siete horas para considerar mi proposición. Me gustaría oír tu respuesta.

El teléfono cayó al suelo y ella se precipitó a recogerlo con una mano sobre el corazón que le latía atropelladamente.

–¿Todavía estás en París?

–Estoy en el aeropuerto –respondió con cierta vacilación–. Si has decidido casarte conmigo tenemos que hacer planes. De otro modo, parto a St. Pierre ahora mismo.

–¿Cuánto tiempo estarás allí?

–Me quedaré para siempre. Creí que lo habías entendido.

–Pero...

–Me parece que ya has tomado una decisión –interrumpió–. Andrea, pensé que mi proposición te haría feliz, que te daría la última oportunidad de quedar embarazada. Pero entiendo tu decisión... espero que la operación tenga éxito. No te preocupes por la oficina. Karen tiene un cheque para ti.

–¡Espera!

–Andrea, si no estás segura de querer marcharte, mejor para la empresa. De todos modos, cuentas con tus seis semanas de recuperación y para entonces...

–No. Me has entendido mal. Yo... yo quiero intentar tener un hijo.

–Eso es todo lo que necesitaba oír –dijo en tono complacido, como si hubiese abierto otro mercado de ámbito internacional–. Te veré a las tres, en la oficina del condado. Benny irá a buscarte a las dos y media. Hasta pronto, Andrea –dijo y colgó antes de que ella pudiera decirle adiós.

¡Santo cielo! ¿Qué había hecho? Podía oír la voz de su madre haciéndole la misma pregunta.

Mientras más pensaba en ello, más temía llamar a sus padres.

Gabe no estaba enamorado de ella. Sería mejor que sus padres no supieran nada por el momento.

Por lo demás, era muy posible que no acudiera a la cita que Gabe había fijado para las tres de la tarde.

Capítulo 3

Eidelweiss Chalet formaba parte de una zona comercial en Scarsdale que bien podía haber sido una de esas maravillosas tiendas pequeñas situadas en el corazón de la Selva Negra alemana.

Gabe entró en aquel reino de fantasía virtual justo cuando un reloj de cuco marcaba el mediodía. En los mostradores había toda clase de objetos de ensueño como cascanueces de madera, casas de muñecas, ornamentos navideños y cajas de música.

En ese momento, el padre de Andrea, un hombre alto, de buen aspecto, estaba en lo alto de una escalera. Con toda certeza la madre era la atractiva mujer detrás de un mostrador vestida con una falda bávara azul de forma acampanada.

Los padres de Andrea parecían tener poco más de cincuenta años y ambos eran el retrato de la salud, lo que contradecía el argumento de Andrea en cuanto a que necesitaban su ayuda.

La hija había heredado rasgos de ambos padres, especialmente de la madre que tenía los mismos ojos azul jacinto y un saludable tono rosa en las mejillas.

Cuando el único comprador se hubo marchado, Gabe se acercó al mostrador.

–¿Renate Bauer?

–¿Sí?

–Soy Gabe Corbin, el jefe de Andrea.

De inmediato la sonrisa amable se transformó en una expresión de ansiedad.

–¡Karl! ¡Acércate! El señor Corbin está aquí. Algo tiene que haberle pasado a nuestra...

–¡Andrea está bien! Siento que nuestro primer encuentro les haya hecho creer que soy portador de malas noticias. Nada más lejos de la verdad –se apresuró a asegurar. El padre se había unido a ellos y ambos lo miraron con alivio–. Andrea y yo acabamos de volver de París donde le pedí que se casara conmigo y ella aceptó. Primero tendría que haber venido aquí a pedirles su mano, pero las

circunstancias me lo impidieron.

Ambos lo miraban con incredulidad.

–Voy a cerrar un momento –dijo la madre.

Mientras se apresuraba hacia la puerta, el padre se recobró lo suficiente como para estrechar la mano de Gabe.

–Durante los últimos seis meses mi hija no ha hecho otra cosa que hablar de usted, pero nunca dijo que la relación se hubiera convertido en algo personal.

Ésa era la mejor noticia que Gabe había recibido en mucho tiempo. La señora Bauer se unió a ellos.

–Hace cuatro meses ella salía con otra persona de la empresa. Tuve que esperar hasta que el campo quedara libre para hacer mi jugada.

–¿Dónde está?

–Mi chófer la llevó a su apartamento.

–Es extraño. Le dejé unos mensajes, pero no me ha contestado.

Gabe se abstuvo de decirle que su hija estaba en estado de conmoción y que en cualquier momento hasta podría cambiar de opinión respecto a la boda.

–A las tres nos vamos a reunir en la oficina del condado para conseguir la licencia. Seguro que tendrán muchas cosas que hacer hasta esa hora –dijo y luego se aclaró la garganta–. Andrea no tiene idea de que me encuentro aquí. Vine porque quería hablar con ustedes acerca de su endometriosis.

Con un suspiro, Renate se apoyó contra su marido.

–Ha sufrido mucho –murmuró Karl.

–Lo sé. Hace muy poco que Andrea me informó de su situación. Ya que sólo quedan seis meses antes de la intervención quirúrgica, no tenemos tiempo para planificar una gran boda. Necesitamos sacarle el máximo partido al tiempo que nos queda. Por eso quiero que nos casemos hoy, pero sólo si ustedes pueden asistir –dijo. Los padres se miraron aturdidos–. Un amigo mío, el juez Rivers del Tribunal de Apelaciones oficiará la ceremonia. Va a rescindir las veinticuatro horas de espera.

–Creo que es romántico y maravilloso –murmuró la madre con los ojos empañados.

Karl estudió a Gabe un instante.

–Nuestra hija es muy sensata y lo ha elegido como marido. Lo

que es bueno para ella también lo es para nosotros.

–Bienvenido a la familia, Gabe –exclamó Renate antes de abrazarlo.

–Gracias –murmuró Gabe, emocionado–. ¿Puedo pedirles otro favor?

–Desde luego –dijo ella enjugándose los ojos.

–¿Qué les parece si Andrea y yo venimos aquí a pasar una semana con ustedes tras la ceremonia? Me gustaría conocerlos mejor y sé que nada la haría más feliz.

–Nada nos haría más felices a nosotros –dijo Karl con la voz enronquecida–. Vamos, Renate. Tenemos que ir a casa y arreglarnos para la boda.

–Yo los llevaré –se ofreció Gabe–. Por el camino les informaré de nuestros planes. Deben saber que no viviremos en Nueva York…

–Señorita Bauer, ya he llegado.

–Gracias, Benny. Bajaré enseguida.

Sería una cobardía enviarlo como mensajero. Todo lo que Andrea tenía que hacer era presentarse en la oficina del condado y comunicar a Gabe que había cambiado de parecer.

Él no la amaba y así el matrimonio no funcionaría por mucho que ella quisiera concebir antes de que fuera demasiado tarde.

Si tenía un bebé no sería justo criarlo en un hogar sin amor. ¡Mira lo que había sucedido a los padres de Gabe!

Cuando a las tres y cinco minutos Benny la dejó ante el juzgado civil ya había memorizado su discurso.

No le fue difícil encontrar el departamento de licencias matrimoniales en la primera planta. En medio de la habitación llena de gente buscaba a Gabe con tantas ansias que pasó junto a sus padres sin verlos. Segundos después se paró en seco y giró la cabeza preguntándose consternada si no serían una alucinación. Pero no. Allí estaban, muy bien vestidos y sonriéndole.

–¿Mamá? ¿Papá? ¿Qué hacéis aquí?

Su madre la abrazó primero.

–Enhorabuena, querida. Entre nosotras, creo que Gabe Corbin es el hombre más excitante y apuesto que jamás haya conocido. Aparte de tu padre, desde luego.

–Cuentas con mi aprobación, Andrea –aseguró su padre mientras la abrazaba–. Será un buen marido. El hecho de llevarte a St. Pierre a vivir y a trabajar con su familia significa que tiene un recto sentido de las prioridades. Y yo admiro eso en un hombre de tanto éxito como él. ¡Y ahora nos vamos!

–¡Espera! –gritó Andrea–. ¡Se supone que debo reunirme con Gabe para conseguir la licencia!

–Lo sabemos. Pero está ansioso por casarse contigo ahora mismo debido a tu situación. Por fortuna pudo arreglar los trámites de la ceremonia con un juez amigo suyo que ya debería estar en su tribunal, así que debemos darnos prisa. Te están esperando arriba.

Los padres la guiaron apresuradamente hacia el ascensor.

–Todo sucede demasiado deprisa, mamá –dijo Andrea, aturdida.

–Has estado enamorada de él desde el día en que entraste a trabajar en su empresa, querida. Por eso no te ha interesado ningún otro hombre.

–Sí, lo sé, pero...

–No importa que no tengas una gran boda, eso no nos causa desilusión. Si vas a concebir un bebé con Gabe, tiene que suceder en los próximos seis meses. A veces se tarda mucho y no tenéis demasiado tiempo. Además, tu padre y yo nos hemos hecho la ilusión de convertirnos en abuelos.

–Mamá, tú no comprendes...

Nunca terminó el resto de la frase porque cuando se abrieron las puertas en la planta superior, Gabe estaba allí. Cuando la miró sus ojos tenían un fulgor plateado. Y ella ya no pudo pensar.

Iba vestido con un traje formal en tono pizarra, camisa blanca, corbata de seda a rayas y una pequeña gardenia en la solapa.

En las manos llevaba una gardenia más grande para ella.

–Gabe –murmuró con voz temblorosa.

–Todavía tienes tiempo de arrepentirte –susurró al tiempo que le mordía suavemente el lóbulo de la oreja. Andrea sintió que una ola de calor recorría su cuerpo. Antes de poder recobrar el aliento, él le puso la gardenia en la blusa que llevaba con los pantalones de un traje de chaqueta.

–No puedo casarme con este aspecto –gimió.

Él le rodeó la cintura y la ciñó contra su cuerpo.

–Tu aspecto es adorable con cualquier cosa que te pongas. Firma

la licencia matrimonial y el juez Rivers oficiará la ceremonia. Tus padres se han ofrecido como padrinos. Me gustan mucho –le confió con su voz profunda.

–No ha venido nadie de tu familia –se lamentó Andrea.

–Intenté hablar con mi madre, pero no estaba en casa. Y en cuanto a mi padre, se va a enterar muy pronto, cuando lleguemos a la isla –dijo y sus ojos se ensombrecieron–. Ahora tú vas a ser mi familia. Eso es todo lo que importa.

–No es así y tú lo sabes.

–¿Señorita Bauer? Soy el juez Rivers.

El hombre de cabello gris y de figura impresionante con su toga negra se adelantó a estrecharle la mano.

–Encantada –balbuceó Andrea.

–Es un placer conocer a la mujer que por fin ha hecho sentar cabeza a Gabe. Podremos empezar si sus padres se sitúan a su derecha y ustedes unen sus manos.

Andrea sintió que los dedos de Gabe se entrelazaban con los suyos y le apretaba la mano con firmeza. La calidez del contacto le indicó que no era un sueño. ¡Realmente se estaba casando con Gabe!

El juez estaba de pie con las piernas ligeramente separadas.

–Puede que dos personas que han trabajado juntas en la misma empresa se conozcan bastante bien. Pero nunca llegamos a conocer bien a una persona hasta que no vivimos junto a ella unidos por los lazos del matrimonio. Andrea, me complace que Gabe desee casarse contigo en lugar de vivir juntos simplemente. Significa que más allá de lo que el futuro pueda depararos, él cree en el «para siempre» y no teme comprometerse ante Dios y los hombres. También significa que se ocupará de todas tus necesidades y no sólo físicamente. Aunque ése es un aspecto importante de la relación, no lo es todo. Gabe, me complace que Andrea acepte este pacto matrimonial a fin de convertirse en tu compañera. Su compromiso implica dar a luz y criar a los hijos si sois bienaventurados –dijo el juez. Gabe le apretó más la mano–. Andrea Bauer, ¿aceptas a Gabriel Corbin como legítimo esposo? ¿Prometes amarlo, honrarlo, protegerlo y respetarlo hasta que la muerte os separe?

Una sensación sofocante oprimió el pecho de Andrea. El juez no podía saber que ese matrimonio se sustentaba sobre la fe y nada

más.

–Sí, prometo –balbuceó.

–Gabriel Corbin, ¿aceptas a Andrea Bauer como legítima esposa? ¿Prometes amarla, honrarla, protegerla y respetarla hasta que la muerte os separe?

–Sí, prometo –se oyó la solemne respuesta de Gabe.

–Entonces, por el poder que me otorga el Estado de Nueva York, os declaro marido y mujer. Si tenéis alianzas, podéis intercambiarlas ahora.

Gabe sacó del bolsillo una gruesa banda de oro y se la puso en el dedo de la mano izquierda. Ella no tenía nada para él.

–No te preocupes. Te tengo a ti –dijo Gabe como si le hubiera leído el pensamiento.

–Llegaré con retraso a mi tribunal. Date prisa y besa a la encantadora novia. Ésa es la parte que más me gusta –urgió el juez en tono jocoso.

Gabe se inclinó hacia ella con una sonrisa.

–A mí también –bromeó antes de obedecer la orden.

Como beso nupcial fue todo lo que ella podría haber soñado. Lo suficientemente largo, ardiente y apasionado como para convencer a cualquiera que entre ellos había un gran amor.

–Quiero ser el primero en felicitarte, señora Corbin –dijo el juez cuando Gabe finalmente se separó de ella.

Hacía menos de veinticuatro horas Andrea había comunicado a Gabe que renunciaría a su empleo. ¡Y en ese momento ya era su esposa!

–Gracias, juez Rivers.

Tras besarla en la mejilla, el juez estrechó la mano de los padres. Cuando Gabe fue a acompañarlo hasta la puerta, los padres la abrazaron.

Luego, Gabe se acercó a ellos y rodeó la cintura de Andrea con una mano.

–No sé lo que opina usted, señora Corbin, pero yo estoy preparado para emprender el viaje de luna de miel.

–¿Dónde iremos? –preguntó Andrea, sonrojada.

–A casa –dijo la madre con deleite.

El padre asintió.

–Gabe dijo que estaba dispuesto a compartirte con nosotros

durante una semana. Siento que ya me gusta mi nuevo yerno.

La noche era cálida y húmeda. Cuando se encontraban en la terraza de la casa de sus padres, Andrea perdió la batalla contra la fatiga y cerró los ojos. Podía oír que los otros hablaban pero había perdido el hilo de la conversación.

–Tu hija está a punto de caer rendida, Karl. Creo que es hora de ir a dormir.

–No me extraña después de dos vuelos transatlánticos y una boda –murmuró el padre.

Gabe se levantó del asiento y ayudó a su mujer a ponerse en pie.

–Gracias por la cena, Renate. Es el mejor Wiener schinitzel que he probado en mi vida.

–Gracias a ti. Es una receta familiar. Andrea sabe prepararla.

–Vamos, querida –dijo Gabe al tiempo que sus labios rozaban la sien de la joven–. Tienes que enseñarme el camino.

–Buenas noches –dijo Andrea a sus padres, en un murmullo.

Sin esperarlo, entró en la casa colonial de dos plantas y se encaminó hacia la escalera.

Tras la ceremonia, Gabe había parado ante el apartamento de ella para que pudiera poner unas pocas prendas en la maleta. Él ya había preparado la suya antes de ir a visitar a los padres.

Nada se había dejado al azar. Ése era el modo de operar de Gabe.

Pero una vez que la hubo seguido hasta su antigua habitación y se encontró en sus territorios, Andrea decidió establecer ciertas reglas básicas. Sin embargo, el físico poderosamente masculino de su marido empequeñecía la virginal habitación que sólo conocía su padre.

–Ambos sabemos las razones de fondo de este matrimonio –empezó a decir, presa del pánico–, así que te agradecería que no me volvieras a llamar «querida».

–¿Y qué más? –preguntó, con los ojos entornados–. Dame la lista completa de las prohibiciones y haré lo posible por complacerte.

Gabe se mostraba tan razonable que ella no pudo añadir nada más. Y por la misma razón deseó lanzarle algo a la cabeza.

–Bueno...

–Andrea, soy consciente de que nunca antes has hecho el amor. Aunque sea tu marido te juro que no haré nada que tú no desees. Francamente estoy tan cansado como tú y necesito una buena noche de sueño. Si no te importa, primero iré yo al baño mientras te preparas.

En lugar de sentirse aliviada le dolió que él no la deseara lo suficiente como para intentar seducirla como lo había hecho en Champigny. ¡Después de todas las prisas por casarse no iba a haber noche de bodas porque él estaba demasiado cansado! Como no quería que sus padres sospecharan que algo iba mal desistió de bajar al cuarto de baño de invitados. Peor que eso, no quería que Gabe la encontrara de pie en medio de la habitación como una virgen asustada temerosa de respirar.

Mientras oía correr el agua de la ducha se puso un camisón y una bata, luego se sentó ante el tocador y se cepilló el pelo con una sensación de ridículo.

¡Era una mujer de veintiocho años, por amor de Dios!

Tras dejar la bata a los pies de la cama, apagó la luz y se metió entre las sábanas. Que Gabe pensara lo que quisiera.

Dos minutos después, sintió su presencia a un lado de la cama. La luz se encendió. Cuando abrió los ojos lo vio afeitado, con los pantalones del pijama y nada más. Se sintió tan confundida al ver aquel cuerpo soberbio que apenas notó que tenía una pequeña caja en las manos, parecida al estuche de una joya.

¿Iba a darle un regalo de bodas?

Él se sentó junto a ella y la abrió.

–Compré este termómetro basal para que te tomes la temperatura todas las mañanas antes de levantarte –dijo al tiempo que lo dejaba sobre la mesilla de noche y se volvía a mirarla–. Dentro de la caja hay un gráfico por si quieres apuntar los grados. No me odies demasiado, Andrea. Por si todavía no lo sabes, soy un hombre que no deja nada al azar si puedo evitarlo. Y necesito saber el período en que puedo dejarte embarazada.

Cuando empezaba a levantarse ella lo detuvo.

–Nunca podría odiarte, Gabe. Sé que haces esto por nosotros. Te estoy agradecida por facilitarme las cosas.

–¿Cuándo es tu próximo período?

–Tendría que ser dentro de dos semanas y media. Pero a veces

no soy regular.

–Eso significa que este mes tenemos una oportunidad –dijo antes de inclinarse y darle un casto beso en los labios–. Que duermas bien. Mañana estaremos como nuevos.

Tras apagar la luz, Gabe se metió en la cama. No pasó mucho tiempo antes de que ella notara por el ritmo de la respiración que se había dormido.

Después de dormir sola veintiocho años podría haber extrañado la presencia de otro en su cama. Pero era Gabe, el hombre que ella adoraba.

Durante los próximos diez minutos se libró una batalla en su interior entre dormirse o tomar la iniciativa y despertarlo. Al final no tuvo valor y decidió que una ducha podría relajarla.

Cuando empezaba a deslizarse de la cama un poderoso brazo le rodeó la cintura.

–¡Ah! –Andrea dejó escapar un grito ahogado cuando él la ciñó contra su cuerpo–. No quería despertarte, Gabe.

Él le besó la nuca y ella sintió que su cuerpo despertaba al placer.

–Tampoco podía dormir. Si me conocieras mejor te darías cuenta de que sería imposible estar junto a ti sin desear hacerte el amor.

Fue una completa revelación sentir que sus manos recorrían su cuerpo y despertaban un ansia que ella ignoraba poseer.

–Gabe...

–Eres una mujer muy femenina y deseable. Dejarte embarazada es sin duda la tarea más deliciosa que me he propuesto llevar a cabo.

Antes de que ella se diera cuenta, la había puesto frente a él, de modo que sus cuerpos y piernas quedaron enlazados.

–No temas estar frente a mí, Andrea. Esta noche ninguno de los dos huele a ajo.

Andrea rompió a reír y él apagó la risa con sus labios. Luego todo cambió porque empezó a besarla con una urgencia primitiva.

La boca hambrienta de Gabe buscó su cara, el cuello, y la sedosa cabellera rubia. Cada vez que volvía a sus labios era como si estuviera hambriento de ella y no tuviera suficiente.

Tampoco Andrea que ya ardía de deseo en París. De pronto

sintió que desaparecían todas sus inhibiciones. Sabía que él no la amaba, pero ambos necesitaban un bebé tan desesperadamente que nada parecía más importante que entregarse al placer recíproco que podría culminar en un embarazo.

Mientras avanzaba la noche, el placer se convirtió en éxtasis. Y ella lo experimentó repetidamente porque hicieron el amor varias veces hasta que al fin se quedaron dormidos.

Cuando la luz de la mañana se filtró a través de la ventana, Gabe la despertó.

–Buenos días, señora Corbin. Es hora de tomarse la temperatura.

Medio dormida, ella se puso el termómetro en la boca mientras él iba a afeitarse.

Más tarde, él comprobó la temperatura, se deslizó bajo las sábanas y empezó a acariciarle el brazo con creciente insistencia.

Andrea buscó su boca con una ansiedad que no intentó ocultar. Esa vez quería darle el mismo placer que él le daba a ella. Hicieron el amor gloriosamente y volvieron a quedarse dormidos.

La próxima vez que Andrea fue consciente del brazo de Gabe posesivamente puesto en su cadera, fue debido al ruido del coche de sus padres en el sendero de entrada. Echó un vistazo al reloj. Las dos menos cinco.

Sus mejillas se ruborizaron cuando se dio cuenta de que habían estado en la cama más de dieciséis horas.

–Gabe, tenemos que levantarnos. Mamá y papá han llegado.

–Relájate. Saben que andamos a la búsqueda de un bebé –dijo mientras le rodeaba la cara con las manos.

Esas palabras apagaron la luz de esperanza que había nacido en el interior de Andrea al creer que él se había implicado emocionalmente con ella la noche anterior.

Tras el éxtasis experimentado entre sus brazos casi había olvidado por qué su marido se había comportado como un amante entusiasta.

¿También había sido planeado lo sucedido en el baile de Champigny?

Rápidamente se puso la bata que encontró en el suelo porque ignoraba dónde había ido a parar el camisón.

–¿Dónde crees que vas? –escucho su voz suave como el terciopelo.

–Incluso un hombre que cumple con sus deberes necesita tomarse un reposo para comer. Voy a cumplir con los míos y prepararte la comida.

Gabe yacía en la cama como un dios de cabellos oscuros, tentándola con una seductora sonrisa.

–Entonces prepara una comida abundante. Me has dado un gran apetito.

Ya en el cuarto de baño, Andrea pensó que un bebé llenaría un lugar vacío en el interior de Gabe, pero nunca borraría su culpa.

En todos esos años Yves había asumido que Jeanne Marie había perdido al hijo de ambos, de modo que no eran ellos lo que Gabe temía. Entonces quedaba el padre...

¿Esperaba conseguir su aprobación regresando a la isla con una esposa y con la esperanza de un hijo en un futuro cercano? ¿Por eso había desechado su fortuna? ¿Para ganarse el respeto de Giles?

¿Y qué pasaba con su madre? ¿Cuál era su papel en la culpa de Gabe? ¿También sabía el secreto? ¿Era consciente de lo mucho que su hijo había sufrido? ¿Lo había alentado a que se alejase de la familia para evitar el escándalo?

Gabe le había advertido que tal vez nunca lograría la aceptación de la familia. Y en la ceremonia le había dicho que ella era la única familia que necesitaba. Pero eso no era cierto, de lo contrario no hubiera renunciado a su fortuna para volver a sus raíces como el hijo pródigo en busca del perdón y del amor de su padre.

Andrea hundió la cara en la toalla. Nunca en su vida se había sentido tan desolada.

Capítulo 4

Diez díaS después, Andrea se encontró otra vez volando sobre la tierra, con el corazón martilleándole de ansiedad. En lugar de un viaje de negocios con su jefe, se encontraba con su flamante esposo en un avión de pasajeros procedente de Halifax con destino a un territorio hostil y a un futuro incierto como marido y mujer.

Mientras estuvieron en casa de sus padres, Gabe hizo frecuentes viajes a Manhattan para concluir los trámites de la venta de sus bienes, entre ellos los apartamentos que ambos poseían en Nueva York. Las pocas pertenencias que deseaban conservar llegarían posteriormente en barco a la isla.

Andrea no se cuestionó por qué Gabe había decidido llegar como un turista común y corriente. Por cierto que nada era normal en él. Había renunciado a su riqueza en favor del bienestar económico de su familia y de la isla. Pero su padre y sus hermanos tal vez nunca lo sabrían.

Para los Corbin y los vecinos de St. Pierre et Miquelon sólo había una verdad: hacía muchos años, Gabe había hecho algo tan imperdonable como marcharse para hacer fortuna en el mundo de la informática.

Después de todo ese tiempo, Andrea entendía más que nadie por qué no quería regresar como un multimillonario haciendo ostentación de su riqueza ante ellos. También sabía que el mayor deseo de Gabe era reconciliarse con su familia y estaba decidida a colaborar en todo lo que pudiera.

Aunque sus padres no conocían los detalles del pasado de Gabe, ella les había contado que la familia estaba resentida con él por haberse marchado y que les esperaba una gran batalla cuando llegaran a St. Pierre.

Tras pasar una semana con Gabe, sus padres tenían un altísimo concepto de él y ya lo consideraban como un miembro de la familia.

En esos días de luna de miel en la casa paterna, Andrea se había

convertido en una mujer locamente enamorada de su marido. Sentada junto a él, solía anticipar la llegada de la noche cuando volvería a estrecharla entre sus brazos.

No podía imaginar otro amante más atento y excitante. Aunque sabía que el objetivo de ese ejercicio de pasión era hacerle creer que la amaba. Con esa certidumbre había grandes posibilidades de que pudiera concebir. Sin embargo, pese al clima de pasión que Gabe creaba, nunca dejaba de darle el termómetro cada mañana recordándole el verdadero propósito de esas noches de felicidad conyugal.

Esa verdad le causaba un gran sufrimiento a la luz del día. Sin embargo, cuando el sol empezaba a ocultarse siempre se descubría contando los minutos que faltaban para que Gabe sugiriese que era hora de despedirse de los padres e ir a dormir.

Pero esa noche sería diferente a las otras porque estarían en la casa del abuelo Corbin. Temía que Gabe se convirtiera en una persona diferente. En su corazón sabía que todo estaba a punto de cambiar y eso la aterrorizaba.

No era una chica de la isla y no hablaba francés. De hecho, con su título de ingeniero informático era la antítesis de la clase de mujer que los hombres de la familia Corbin habrían elegido como esposa. Una mujer rara, excepto para la madre de Gabe.

Y eso empeoraba las cosas.

A la familia le bastaría echarle una mirada para convencerse de que sólo sería cuestión de tiempo que la historia se repitiese y se marchara de la isla por no poder aceptar esa vida tan dura.

–Nos estamos acercando a las islas, Andrea –murmuró Gabe, emocionado.

Era el hogar de su marido. Un hogar del que había estado exiliado dieciocho años por haber respetado el deseo autocrático de su padre.

Gabe le había dicho que había siete islas. Andrea miró por la ventanilla, pero bajo el cielo azul cuajado de pequeñas nubes algodonadas todo lo que pudo ver fueron tres masas de tierra rodeadas por las aguas azul cobalto del Atlántico Norte. Gabe había crecido allí. A miles de kilómetros al este estaba la costa de Francia, la madre patria.

–Sólo alcanzo a divisar tres islas.

–Ya verás las otras. El abuelo se va a llevar muy bien contigo, Andrea –comentó al tiempo que le apretaba la mano.

¡Qué ironía! Gabe intentaba confortarla cuando tendría que ser a la inversa.

–Espero que así sea.

–Tomaremos un taxi hasta su casa. En una hermosa tarde de junio como ésta probablemente haya ido a pescar. Eso nos dará tiempo para acomodarnos antes de que vuelva.

–Podría causarle una fuerte impresión vernos allí. ¿No crees que...?

–No te preocupes –interrumpió–. El abuelo ha esperado largo tiempo este día. Sin poder predecirlo con exactitud, siempre ha sabido que llegaría –murmuró, con la voz embargada de emoción.

Andrea se conmovió hasta las lágrimas y volvió a mirar por la ventanilla.

El hermoso archipiélago se desplegaba ante sus ojos fascinados.

Mientras el avión descendía, vislumbró St. Pierre, la capital. De sólo seis mil habitantes, el pueblo se desplegaba alrededor de un puerto natural en una pintoresca bahía. Más al fondo, la mayor parte de la isla estaba formada por colinas rocosas.

Minutos más tarde, pudo apreciar el color de las casas y edificios que iban del tono dorado al azul. Una delicia para la vista.

Tras el aterrizaje y cuando se encontraban en la terminal esperando el equipaje, Andrea pensó en el idioma. Había estudiado seis años de alemán a petición de sus padres. Tendría que aprender a hablar francés para ganarse el favor de la familia Corbin.

–¿Nos vamos? –sugirió Gabe cuando recogieron las maletas de la cinta de equipajes.

Entonces salieron de la terminal y se dirigieron a la parada de taxis.

Un conductor de pelo oscuro, y que parecía tener la misma edad de Gabe, fumaba apoyado en la puerta de su vehículo. Cuando vio a la pareja el cigarrillo se le cayó de los labios.

–¿Gabriel Corbin? –exclamó antes de aproximarse a ellos–. *C`est vraiment toi?*

–*Oui, Fabrice. Cèst moi.*

–*Incroyable*! –exclamó al tiempo que lo abrazaba estrechamente y luego lo besaba en ambas mejillas.

A Andrea se le levantó el ánimo al darse cuenta de que no todo el mundo había vuelto la espalda a su marido. Tras una rápida conversación, Gabe se volvió a ella.

–*Mon coeur* –dijo antes de continuar en inglés–, éste es Fabrice Palmentier, mi mejor amigo de la isla. Juntos nos metimos en muchos líos cuando éramos niños. Fabrice, ésta es mi esposa, Andrea.

–Encantada –saludó Andrea al tiempo que estrechaba la mano del hombre más bajo que ella y que la miraba con franca admiración.

–Ahora que he conocido a la mujer que te ha robado el corazón perdono tu ausencia –declaró.

«No le he robado el corazón, Fabrice. Lejos de eso», pensó Andrea.

–¿Cuánto tiempo piensas quedarte? Lisa siempre te prefirió antes que a mí y no me perdonará si no os llevo a cenar a casa –dijo su amigo.

–Nada podría complacernos más. Cuando nos instalemos en la nuestra también os invitaremos.

–¿Qué casa?

–Compré la casa vecina a la de mi abuelo. Viviremos con él hasta que podamos instalarnos.

La consternación inmovilizó a Fabrice.

–Estás bromeando, *n'est–ce pas*? –murmuró.

–No.

Fabrice guardó silencio un instante. De pronto se echó a reír y abrazó a su amigo con fuerza. La expresión de alivio en el rostro de Gabe hizo pensar a Andrea que él sinceramente había creído que la vida en adelante iba a ser el caso de dos contra el mundo. Pero en ese momento había una prueba evidente de que no era cierto. Tenía un aliado en el amigo que siempre había estado de su parte.

–Vamos –dijo al tiempo que tomaba dos maletas en cada brazo–. Os llevaré a casa. Será como en los viejos tiempos.

Mientras Fabrice cruzaba el pueblo rumbo a la zona residencial se pusieron a hablar en francés. Por las sonoras risas, a veces burlonas, y gruñidos masculinos, Andrea supo que estaban recordando cosas que sólo ellos dos podían compartir. Si en esos momentos alguien del mundo de las finanzas hubiera podido ver a

Gabe no lo habría reconocido. A Andrea le parecía que repentinamente se había vuelto más joven y despreocupado. Ella habría empeñado su alma por hacer que durara.

Cuando finalmente pudo intervenir en la conversación, preguntó a Fabrice cuántos hijos tenía.

–Dos y medio –contestó por encima del hombro.

Al oír la respuesta Gabe, que le estrechaba la mano, acarició la palma de Andrea con el pulgar de un modo tan sensual que ella se estremeció. Intencionada o no, la caricia le hizo saber que pensaba en el hijo que ambos buscaban.

Pero Andrea temía que en St.Pierre los recuerdos de la noche que pasó con Jeanne Marie y la dejó embarazada empezaran a mortificarlo. No quería pensar en cómo iba a ser el encuentro de Gabe con ella, convertida en la esposa de Yves.

A través de la ventanilla contempló el conjunto de casas de diversas formas y tamaños agrupadas una junto a la otra. Era doloroso pensar que aun viviendo en un lugar tan remoto y aislado el padre nunca hubiera pedido a Gabe que volviera a casa, ni siquiera para una visita.

–¿Cómo se siente uno al volver a casa, *mon ami?*

–Nada ha cambiado mucho, Fabrice.

Andrea observó que todo se veía limpio y ordenado. Había pocos árboles, muchos coches y grandes antenas parabólicas.

Fabrice giró en una calle paralela a la orilla del mar. Estaba claro que habían llegado a un extremo de la isla formado en gran parte por colinas cubiertas de vegetación baja. En ese sector había pocas casas y todas daban al mar donde se podían ver varios muelles que albergaban todo tipo de embarcaciones.

Fabrice se detuvo delante de dos casas pareadas.

Una de ellas era una encantadora vivienda de dos pisos pintada de azul y blanco con una escalerilla que conducía al porche. A Andrea le recordó un chalet suizo rodeado de pinos. Junto a éstos había otra casa de madera de dos pisos. Su estilo le hizo pensar en una de esas solitarias iglesias de campo que a veces se ven en las praderas.

–La pintaremos de otro color y haremos una arquitectura paisajista –dijo Gabe en voz baja antes de besarla en la sien.

–Va a necesitar un buen trabajo –comentó Andrea con una

sonrisa.

–Me ilusiona empezar la obra cuanto antes –replicó Gabe.

–Jacques acaba de salir al porche –informó Fabrice–. Déjame ayudarte con las maletas. Quiero saludarlo.

Gabe ya había visto la vieja embarcación pesquera atada en el muelle.

Cuando vio a su abuelo saludando a Fabrice, con sus típicos pantalones y un jersey, se le hizo un nudo en la garganta.

Tenía el cabello completamente gris y había más arrugas en la piel atezada del rostro, pero el cuerpo parecía conservar la agilidad de siempre.

–No te preocupes por mí, Gabe –dijo Andrea, prácticamente empujándolo fuera del coche–. Ve a saludarlo.

Él le apretó la mano antes de abrir la puerta del vehículo.

–¡Gabriel!– gritó el abuelo mientras iba a su encuentro. Gabe lo estrechó entre sus brazos y notó que estaba mucho más delgado de lo que recordaba.

–He venido para quedarme, abuelo –dijo con la voz enronquecida a la vez que lo besaba en ambas mejillas una y otra vez.

–*Dieu merci, Dieu merci* –sollozó Jacques.

–He traído a alguien –anunció al tiempo que se volvía hacia Andrea de pie junto a Fabrice. Iluminada por los últimos rayos del atardecer sus ojos humedecidos brillaban como joyas. Gabe le rodeó la cintura con un brazo–. Abuelo, ésta es mi esposa Andrea Bauer. Andrea, éste es mi abuelo, Jean Jacques Corbin, pero todo el mundo lo llama Jacques.

Gabe adivinó la fascinación ante la figura dorada de Andrea, además de la emoción que lo embargaba y que no podía ocultar.

El espíritu de Andrea se reflejaba en su cálida sonrisa, que llegó al corazón de Gabe.

–Hace mucho tiempo que deseaba conocerlo, Monsieur Corbin.

–¡La esposa de mi nieto debe llamarme Jacques! *Tu compris?* –preguntó con fingida severidad–. *Bon. Sois la bien venue, ma fille.*

Como le había sucedido al mismo Gabe, en unos cuantos minutos Andrea había conquistado al abuelo. La joven poseía una

calidez y vitalidad cautivadoras, muy parecida a la de la abuela ausente. Gabe intuyó que su esposa podía ser el elixir de la vida que su abuelo necesitaba.

–Entra en casa –dijo Jacques a Fabrice–. Haremos un brindis por el regreso de Gabriel.

Fabrice le palmeó el brazo.

–Me gustaría quedarme, pero debo volver al trabajo. No te preocupes. De aquí en adelante me verás mucho por tu casa.

–Espero que así sea –dijo Jacques.

Gabe acompañó al amigo hasta el coche.

–Te llamaré pasado mañana, Fabrice. Saldremos a pescar en la barca.

Al ver que sacaba el billetero, la expresión de Fabrice se ensombreció.

–No me insultes. ¿No sabes que he estado años esperando que llegase este día?

–Yo también –murmuró Gabe, conmovido.

–¿Entonces por qué estuviste tanto tiempo fuera?

Ambos se miraron solemnemente.

–Te lo contaré la próxima vez que estemos solos.

–¿Lo juras? –preguntó Fabrice, emocionado.

–Lo juro, *mon ami.*

–Te tomaré la palabra –dijo al tiempo que le golpeaba el hombro fraternalmente antes de entrar en el coche–. ¿Sabía alguien que ibas a venir?

–No.

–¿Quieres que se mantenga así? –preguntó, tras una pausa.

–Aunque lo quisiera, es demasiado tarde. Mi primo Rene me vio cuando esperábamos las maletas en el aeropuerto.

–Tienes razón. Ahora trabaja para la compañía aérea.

–No se acercó a nosotros, pero vi que descolgaba el teléfono. Sin duda llamó a Tante Cecile. Así que me imagino que a esta hora toda la familia sabe que he vuelto.

–¿Quieres decir que no se acercó ni siquiera para saludar? –preguntó Fabrice, con incredulidad. Su justificada indignación fue un bálsamo para Gabe.

–No.

Cecile había sido la persona que se había mostrado más cruel

con la madre de Gabe durante los primeros años y desgraciadamente había influido sobre su marido y los hijos.

La tía Helene también se había mostrado fría durante el período del divorcio pero había aprendido a tolerar a la madre de Gabe, aunque su marido y los hijos se mostraban reservados.

–*Mon Dieu*, ¿qué pasó en la familia para provocar una ruptura que dura hasta el día de hoy?

–Como te dije, hablaremos cuando estemos a solas.

Cuando Fabrice se hubo marchado, Gabe entró en la casa. Su amigo había dejado todas las maletas en el vestíbulo.

Gabe descubrió a su abuelo enseñando a Andrea la fotos de la familia dispuestas en la sala de estar. Andrea escuchaba atentamente todo lo que Jacques decía. De hecho, le hacía preguntas que a él no le había formulado. Los dos estaban tan absortos, que Gabe supuso que no se habían percatado de su presencia.

Cuando sonó el teléfono, se encontraba cerca del estudio y cruzó el vestíbulo para atender la llamada.

–*¿Alo?*

La persona al otro extremo de la línea guardó silencio. Tras unos largos segundos cortó la comunicación.

Al cabo de un rato volvió a sonar el teléfono.

–*Gabriel Corbin ici.*

–¡Así que es verdad que has venido!

Gabe reconoció la voz enseguida. Era la hermana mayor de su padre.

–*Oui, Tante Helena.*

–Hace unos minutos me llamó Cecile para decirme que Rene te había visto en el aeropuerto. Presumo que habrás ido derecho a casa de Jacques. Siempre lo preferiste –dijo en tono dolorido. Gabe parpadeó, sorprendido–. Es natural ya que Marguerite y él nunca tomaron partido en contra de tu madre. Yo lo hice. Lo siento, fui una tonta –dijo. La confesión lo dejó estupefacto–. Rene dijo que estabas con una rubia muy hermosa.

–Sí. Se llama Andrea. Es mi esposa.

–¿Estás casado? –gritó–. ¿Lo sabe tu padre?

–Todavía no.

–Pero esto es increíble. ¿Cuánto tiempo piensas estar aquí antes

de volver a marcharte?

–He venido para quedarme.

–No entiendo.

–Ya te lo explicaré. Me quedaré aquí para siempre.

–Debes estar bromeando. ¿Cómo vas a administrar tus negocios desde esta isla?

–Vendí la empresa y he decidido ganarme la vida aquí, como el resto de mi familia.

–Un hombre tan rico como tú no necesita ganarse la vida.

–Me temo que todo el dinero que he ganado ha ido a parar a una obra benéfica.

Se produjo un largo silencio.

–¿Juras que me estás diciendo la verdad?

–Lo juro.

–Gabriel, ¿qué te ha sucedido? –exclamó, sinceramente preocupada.

–Sucede que encontré a la mujer adecuada y eso me ha hecho ver las cosas desde una perspectiva distinta.

–Estas noticias son increíbles. Tus hermanos se van a sentir intimidados cuando sepan que el famoso hermano ha venido a quedarse. Sabrás que te idolatran en secreto.

–Para ellos soy un extraño, Tante Helena.

–No, Gabriel. Desde que te marchaste has sido constantemente el tema de conversación de la familia. Todos estamos muy orgullosos de tu éxito.

–¿Todos? –se burló Gabe.

–Sí, aunque hay ciertas personas que nunca te lo dirán en la cara.

–¿Mi padre entre ellos?

–Especialmente tu padre. Ha guardado todas las revistas y artículos de prensa que hablan de ti. Cuando la familia se reúne, se los enseña a todo el mundo y alardea de que su hijo es un genio. Muchas veces he visto lágrimas en sus ojos, incluso cuando está sobrio, lo que no es muy frecuente en estos tiempos –dijo. El comentario lo dejó pasmado–. Es bueno que hayas vuelto a casa. Tu familia te necesita. Tu padre te necesita.

–Nunca me ha necesitado.

–Eso no es cierto, Gabriel. Sucede que eres diferente a tus

hermanos. Giles quería serlo todo para ti, pero sentía que podía perderte, especialmente después de que tu madre se marchó. Cuando te fuiste, empezó a beber demasiado. Todavía bebe demasiado –dijo.

Era la primera vez que Gabe oía algo así. Su abuelo nunca se lo había contado, tal vez porque no quería que se sintiera peor de lo que ya estaba a causa de una situación que nunca podría rectificarse.

–He hablado demasiado, ¿verdad? –acabó de decir ella.

–No te preocupes, Tante Helene. Eres la única persona de la familia que nunca ha temido decir la verdad tal como la ve. Debo admitir que siempre te he admirado por eso, incluso cuando me ha dolido. Me alegra saber que algunas cosas no han cambiado.

–Y yo me alegro de que por fin estés en casa, Gabriel. Me he sentido muy afligida tanto por papá como por mi hermano. Contigo aquí las cosas tienen que mejorar.

¿El problema de su padre con la bebida era la verdadera causa de la pérdida de peso de Jacques?

–Ojalá.

–Bienvenido a casa. Mañana tienes que venir a cenar con tu mujer. Invitaré a todo el mundo para celebrarlo. Es tiempo de que la familia olvide sus diferencias y vuelva a reunirse bajo el mismo techo. Como tiene que ser.

A excepción de la madre de Gabe que no estaría allí.

–Te lo agradezco mucho, aunque preferiría que lo postergaras hasta que haya visto a mi padre.

–Hoy sería una buena ocasión. Seguramente lo encontrarás en el Petit Marin.

El bar Little Sailor era el más antiguo de la isla.

–¿Cómo sabes que lo encontraré allí?

–Porque desde hace años va casi todas las noches, cuando acaba la faena.

Gabe sintió como si le hubieran propinado un puñetazo en pleno estómago.

Capítulo 5

Más que oír, Andrea sintió a Gabe cuando llegó a la habitación que Jacques les había asignado en la planta alta.

Mientras esperaba que terminara de hablar por teléfono había estado contemplando las tranquilas aguas del mar desde la ventana del dormitorio. El miedo a lo que esa llamada pudiera reportar a Gabe le había impedido deshacer las maletas.

–Parece como si cargaras en tus hombros todas las penas del mundo –comentó al ver su palidez–. ¿Qué otros problemas hay aparte de los obvios? –preguntó con dulzura.

–Era Tante Helene. Me contó algo que mi propio abuelo me ha ocultado todos estos años.

Andrea se acercó a él. No podía soportar ver esa angustia en sus ojos.

–¿Y qué es?

–Mi padre siempre ha sido un hombre muy sobrio en sus costumbres, pero desde que me marché bebe sin moderación.

Andrea no podía fingir sorpresa ante esa triste revelación. Un hombre bueno que había impedido que un hijo de su propia sangre volviera al hogar, de algún modo tenía que enfrentarse al dolor y a la culpa.

Sin embargo, estaba convencida de que tenía que poseer notables virtudes, de lo contrario nunca habría criado a un hijo tan excepcional como Gabe.

De alguna manera lo hacía más humano, pero eso no borraba el hecho de que sufría una terrible adicción.

–No me extraña que Jacques esté deprimido. En estas circunstancias es providencial que hayas vuelto a casa.

–Nunca debí haberte arrastrado a esta pesadilla –dijo con las mandíbulas apretadas al tiempo que le aferraba los hombros.

Si Gabe pensaba que la situación era más de lo que ella podía soportar y decidía ponerla en el primer avión de vuelta ya podría replanteárselo, pensó al tiempo que alzaba la barbilla con orgullo.

–Me diste una opción, ¿recuerdas? De hecho, pintaste un cuadro tan sombrío de lo que tendría que afrontar si me casaba contigo que me atrevería a decir que cualquier otra mujer habría huido de ti. Pero yo no soy otra mujer, yo soy yo –declaró con la voz rota–. Así que, a menos que nuestra relación no funcione y concluyamos que no hay futuro para nosotros, me quedaré aquí.

–*Mon Dieu*, Andrea tú eres lo único que funciona actualmente.

–Entonces no me excluyas. Déjame ayudarte –imploró–. Tenías razón respecto a Jacques. Tu regreso le hace feliz y me ha hecho sentir bienvenida.

–Gracias a Dios –murmuró antes de estrecharla entre sus brazos.

No era el abrazo de un amante. Necesitaba a alguien en quien confiar aparte del círculo familiar.

Y si eso era todo lo que Gabe le iba a pedir, que así fuera. Era su razón de ser, por tanto ella haría cualquier cosa por él.

–Tu abuelo está preparando la cena. Creo que debería ir a ayudarle.

–Seguro que te lo agradecerá, mientras tanto iré a dar una vuelta en bicicleta. Llegaré a tiempo para cenar –dijo antes de besarla rápidamente en los labios y salir apresuradamente de la habitación.

La cocina y el porche trasero se comunicaban por medio de una puerta de vidriera. Mientras Jacques revolvía algo en la cacerola ella vio que Gabe desaparecía montado en una bicicleta que había conocido tiempos mejores. Entonces se precipitó a la ventana sobre el fregadero. Vestido con los tejanos y el jersey que había llevado en el avión, pedaleaba con la rapidez y gracia de un verdadero atleta. Su figura era excitantemente masculina. Andrea lo miró hasta que se perdió de vista por el camino.

De pronto sintió el leve toque de una mano sobre un hombro.

–Tú amas a mi nieto por sí mismo y no por lo que tiene. Es una bendición saberlo.

–Es mi vida, Jacques, pero no te engañes. Gabe no se casó conmigo por amor. Lo hizo para ayudarme a tener un hijo.

–Pero Gabriel se casó contigo –dijo y sus ojos chispearon divertidos–. Y desde luego que quiere tener un hijo. Ésa es parte de la razón por la que hombres y mujeres se casan.

–Es cierto, pero en mi caso él tenía otro propósito. Verás, si no quedo embarazada en seis meses tendré que someterme a una

operación que me impedirá tener hijos definitivamente. Casarse conmigo es su manera de hacer penitencia por no haberlo hecho con Jeanne Marie.

–¿Te habló del bebé?

–Sé que no era de Yves.

–Ya no estoy demasiado seguro de eso –murmuró Jacques, con los ojos bajos.

–¿Por qué dices eso? –inquirió ella, con el corazón latiéndole a toda prisa.

–Un momento –dijo Jacques mientras se dirigía al fogón–. Es hora de añadir los ingredientes más importantes.

Aunque se moría en su interior, Andrea no tuvo más remedio que observar con paciencia cómo vertía un poco de vino en la cacerola.

–Sea lo que sea que estés cocinando huele maravillosamente bien.

–Es una receta de mi mujer. Lo llamamos *bouillabaisse* al estilo bretón. Si llevas el pan a la mesa, yo me encargaré de los vasos y de los platos.

Ella puso el pan en la mesa redonda situada en un rincón de la cocina.

–El bordado de este mantel es exquisito. ¿Lo hizo tu esposa?

–Sí, y todas las cortinas de la casa.

–Habría dado cualquier cosa por conocerla. Tu hogar es encantador.

–Es obra de ella.

Minutos más tarde, mientras Jacques retiraba la cacerola del fogón, ella insistió:

–Jacques, por favor, dime por qué hiciste ese comentario.

El abuelo se volvió hacia ella y le indicó que se sentara a la mesa, frente a él.

–Ahí hay algo que nunca quedó claro. Desde que Jeanne Marie se casó con Yves nunca ha vuelto a mirarme a los ojos. Mi mujer fue la primera en sospechar que las cosas podían ser diferentes a lo que parecían –dijo mientras llenaba los vasos de vino.

–¿Se lo dijiste al padre de Gabe?

–Lo intentamos, pero él se negó a escuchar algo que pudiera poner en tela de juicio a Jeanne Marie. Había una buena razón para

ello –añadió con un suspiro–. Verás, cuando nuestro hijo Giles tenía veinte años, tal vez un poco más, se daba por hecho que se casaría con Evangeline Duprex, la madre de Jeanne Marie.

–¿Qué? ¿Quieres decir que ambas mujeres...?

–*Oui.* Ambas mujeres han sentido una atracción fatal, una por mi hijo y la otra por mi nieto. Pero el destino se interpuso cuando Giles quedó inmovilizado en el aeropuerto de Halifax con otro pasajero que resultó ser una hermosa mujer estadounidense, como tú. Giles se enamoró a primera vista y trajo a Carol a conocer a la familia. Su matrimonio fue un duro golpe para Evangeline. Resultado de ello fue que las dos familias se separaron. Verás, Evangeline y Cecile eran íntimas amigas desde la infancia y todavía lo son.

–¡Puedo entender que Giles no quisiera volver a herir a Evangeline a través de su hija, pero ese asunto estropeó la vida de Gabe!

–*C'est ça* –asintió el anciano–. Aparte del hecho de que el bebé fuera de Gabe o de Yves, me gustaría pensar que mi hijo le pidió a Gabe que se alejara porque en el fondo no quería que se casara con Jeanne Marie. Sabía que Gabriel no estaba enamorado de la muchacha. Conozco bien a Giles y sé que no podía condenar a su hijo a un matrimonio sin amor. Es lo mismo que le habría pasado a él si se hubiera casado con Evangeline.

–Si, tienes razón en lo que dices. Gabe no es el único que ha vivido un infierno durante todos estos años.

–Cuando Carol se divorció de él, Giles quedó destrozado. Luego Gabe se marchó. Y desde entonces nadie ha sido feliz –murmuró Jacques.

–No me sorprende que tu hijo tenga problemas con la bebida.

–¿Lo sabes? –preguntó, con el ceño fruncido.

–Tu hija se lo contó a Gabe hace un rato. Estoy segura de que por eso se marchó tan de prisa. Tanto dolor y culpa pueden destruir a una familia. ¡Esto tiene que acabar! –exclamó Andrea. Jacques le palmeó el brazo en un gesto de consuelo–. Dime Jacques, ¿la madre de Gabe dejó de amar a Giles?

–No. De otro modo se habría llevado a los niños. Viene todos los meses y a veces cada quince días a visitar a sus hijos y a sus nietos. Por el modo en que mira a Giles y él a ella... Ninguno se ha vuelto a casar, incluso cuando Evangeline enviudó hace diez años e hizo lo

imposible por conquistar a Giles.

–¿Por qué se divorciaron entonces?

–Ése es otro tema que mi hijo nunca me ha confiado; pero nunca debió haber sucedido.

Andrea oyó que se abría la puerta y al levantar la vista vio que Gabe entraba en la cocina.

–¿Qué sucede? Por vuestra expresión presumo que algo serio tiene que haber sucedido cuando estaba fuera. ¿Qué es?

–Tu mujer me hablaba de su temor a no poder tener un hijo.

«Gracias, Jacques», pensó Andrea.

–Todavía queda tiempo antes de empezar a preocuparse –comentó Gabe al tiempo que escrutaba el rostro de Andrea.

–A lavarse las manos antes de comer, *mon gars* –dijo Jacques mientras se levantaba de la mesa.

Mientras Gabe lo hacía, Jacques vertió la sopa de pescado en los platos. Veinte minutos más tarde terminaron la deliciosa cena con fruta y queso.

Aunque los hombres hablaban de la pesca, ella podría asegurar que su marido no había quedado satisfecho con la explicación de Jacques. No tenía la menor duda de que la iba a interrogar cuando estuvieran a solas. Pero no tenía intención de ocultarle nada.

–Durante mi paseo pasé cerca de la nueva planta procesadora –comentó Gabe.

–Es una lástima que esa compañía no se hubiera abierto antes. Aunque trescientos puestos de trabajo significan mucho para aquellos pescadores afectados por la moratoria de la pesca de salmón más allá del límite de las doce millas marítimas.

Andrea sabía que sin la ayuda de Gabe la crisis económica de la isla sería especialmente dura ya que la pesca era el único medio de subsistencia para sus habitantes.

–¿Desde cuándo se les prohíbe pescar salmón libremente? –preguntó Andrea.

–Desde la aprobación de una ley en 1999 –dijo Gabe.

–Bertrand y Philippe han conseguido empleo como distribuidores de la nueva compañía. Y los sueldos son excelentes –comentó el abuelo.

–Me alegro por ellos –dijo Gabe, con una extraña sonrisa.

Andrea intuía que Gabe se sentía secretamente complacido. Sus

esfuerzos por ayudar a la familia empezaban a dar resultados.

–Sus mujeres no estarían de acuerdo contigo si te oyeran. No les gusta que tus hermanos viajen tanto.

–¿Dónde tienen que viajar, Jacques? –preguntó Andrea.

–Donde puedan abrir nuevos mercados. Canadá y la Costa Este de Estados Unidos están saturadas así que se han dedicado a captar clientes en el interior de ese país.

–Estoy segura de que los hermanos de Gabe no tendrían ningún problema si vendieran exclusivamente a los dueños de pequeños restaurantes evitando a los intermediarios. Lo digo porque en el interior de los Estados Unidos la mayoría de los restaurantes ofrecen un tipo de pescado que sabe a cartón. Y es porque lo mantienen en frigoríficos durante largas temporadas.

Los ojos de Gabe brillaron inesperadamente antes de apretarle la mano.

–Mi esposa empresaria. Ahora ya sabes por qué la nombré jefe de ingeniería de programación, abuelo.

–Es mejor que no se acerque a la planta porque va a revolucionarlo todo y no la verás nunca –bromeó Jacques.

–No hay ninguna posibilidad –replicó Gabe al tiempo que acariciaba la mano de Andrea–. Tenemos otro proyecto que va a ocupar gran parte de nuestro tiempo. Verás, hemos comprado una casa. Y habrá que restaurarla.

–Comprendo –murmuró el abuelo con expresión de tristeza –, ¿dónde?

–Considerando que está en St. Pierre no queda lejos de la tuya.

La tristeza del anciano era evidente. Estaba claro que había esperado que Gabe se quedara con él.

Andrea presionó los dedos de su marido como para rogarle que no lo mantuviera en suspenso por más tiempo.

–Tiene que estar al otro lado, cerca de la planta nueva. Lo digo porque a este lado nadie deja su casa a menos que sea a otro miembro de la familia –comentó Jacques.

–Algunas veces hacen una excepción y con mayor razón si se trata del nieto del mejor amigo de la familia.

Jacques se quedó clavado en la silla y lo miró durante un largo instante.

–¿Tú compraste la casa de Gorky? –preguntó, finalmente.

–Sí, y le dije al de la inmobiliaria que su vida no valdría un *sou* si olvidaba advertirle a la esposa de Gorky que no te dijera nada hasta mi llegada.

Con los ojos llenos de lágrimas el abuelo alzó las manos hasta las mejillas de Gabe, seguramente de la misma manera que lo hacía cuando el nieto era pequeño.

Fue uno de esos dulces momentos que permanecerían toda la vida en la memoria de Andrea.

–Después de lavar los platos, ¿quieres acompañarnos a dar una vuelta en el coche nuevo? Quiero enseñarle la isla a Andrea antes de que anochezca –sugirió Gabe al abuelo.

–¿Qué coche? –preguntó Andrea.

–El que está delante de la casa. Lo compré la semana pasada y pedí que me lo tuvieran esta tarde.

–Id vosotros y disfrutad mientras quede un poco de luz. Yo limpiaré la cocina y luego iré a hablar con Karmele –dijo el abuelo, muy excitado.

Andrea despejó la mesa antes de correr escaleras arriba, cepillarse el pelo y pintarse lo labios.

Más tarde, Gabe la ayudó a subir al coche azul de cuatro puertas.

Cuando se hubieron marchado, Andrea no pudo evitar decirle:

–Has convertido al abuelo en un hombre nuevo. Es una pena que no hubieras decidido volver mientras tu abuela vivía.

Él le dirigió una intensa mirada fugaz.

–Si lo hubiera hecho no te habría conocido.

Ella contuvo la respiración.

–Gabe, no hace falta fingir cuando estamos solos.

–¿Quién está fingiendo?

–Tu abuelo cree que lo nuestro es amor, pero ambos sabemos que no es así.

–Como te dije en París, nosotros nos tenemos confianza y admiración. Eres la única mujer que he deseado traer a casa. Y mientras más te conozco más seguro estoy de que serás una perfecta madre para nuestro hijo.

–Si es que lo tenemos –murmuró al tiempo que bajaba la vista.

–No hay «si» que valga. ¿De qué más hablasteis con el abuelo mientras yo paseaba?

Andrea pensó que tal vez el abuelo le había contado todo con la esperanza de que lo compartiera con Gabe.

–Tus abuelos pensaban que Jeanne Marie pudo haber mentido cuando le contó a tu padre que esperaba un hijo tuyo.

Al oír esas palabras Gabe frenó con tanta brusquedad que el vehículo se detuvo peligrosamente cerca del muro de piedra que separaba el camino del agua.

–¿Cuánto tiempo ha albergado esa sospecha?

Su voz sonó como si saliera de una caverna subterránea.

–Verás.... –empezó Andrea y le narró sin interrupciones toda la conversación sostenida con el abuelo. Cuando terminó estaba demasiado oscuro para ver claramente la expresión de Gabe.

–¿Quieres decir que el abuelo cree que papá quiso que me alejara por temor a que me sintiera obligado a casarme con Jeanne Marie?

–Sí, Jacques me contó la historia entre Evangeline y tu padre. Cuando se casó con tu madre en lugar de hacerlo con ella, hubo problemas. Después de lo que tu padre tuvo que pasar, puedo comprender que hubiera temido que te casaras con una mujer que no amabas. Es lógico que intentara ayudarte de la única manera que podía hacerlo.

–¡No sé cuál es la verdad, pero con toda seguridad voy a averiguarlo! –exclamó Gabe tras un juramento. Luego giró en redondo en dirección a la casa–. Perdóname, Andrea, pero el paseo tendrá que esperar.

–Lo entiendo –susurró–. Tengo que deshacer las maletas.

–Probablemente llegaré tarde. No me esperes –dijo cuando llegaron ante la casa de Jacques.

Afortunadamente el abuelo todavía estaba con su vecina y no pudo ver el rostro de Andrea, empañado en lágrimas, mientras se precipitaba al dormitorio.

El Petit Marin siempre había sido el lugar de reunión de los hombres mayores.

El letrero de madera que representaba un niñito vestido de marinero sentado en un muelle todavía colgaba del alero de la puerta.

Gabe entró. Nada había cambiado en todos esos años. Su ojos recorrieron la estancia débilmente iluminada.

Jacques siempre le había enviado fotografías, de modo que Gabe estaba al día de los cambios que se habían operado en los miembros de su familia. Las fotos más recientes de su padre mostraban a un hombre de sienes plateadas y una considerable barriga. Había pensado que comía en exceso, pero en esos momentos ya sabía a qué se debía el sobrepeso.

El dueño del bar escrutó a Gabe antes de saludarlo.

–¿Qué va a tomar?

–Busco a Giles Corbin, pero no lo veo.

–Es extraño. Suele estar aquí a esta hora, pero hoy no ha venido.

–*Merci* –dijo antes de marcharse apresuradamente.

Tras subir al coche, condujo a otro sector de la isla donde atracaban las embarcaciones más grandes y los barcos de arrastre. Todos estaban allí, incluso el de su padre.

La visión del Alouette llevó a su memoria un río de recuerdos. Aunque estaba claro que su padre tendría que haber renovado la embarcación.

Gabe subió a bordo y luego bajó por la escalerilla al interior donde esperaba verlo echado sobre la mesa con una botella de vodka vacía en el suelo.

–¿Papá?

Pero no estaba allí y tampoco en el camarote.

Con una sensación de derrota, Gabe condujo de vuelta a casa de Jacques. Gracias a Dios que Andrea lo esperaba. Necesitaba esos brazos en torno a su cuerpo y su boca ávida sobre la suya.

Su desesperación por ser madre la convertía en la amante soñada por la mayoría de los hombres. A cualquier hora de la noche o al amanecer siempre estaba preparada para él, y prodigaba sus besos y caricias con arrolladora pasión.

Más allá de todo el dolor que hubiera sufrido en su vida, Gabe sabía que no sería nada comparado al que tendría que sufrir si el éxtasis que ella le proporcionaba tuviera como único objetivo el deseo de concebir. De alguna manera tendría que encontrar el modo de hacer que ella se enamorara de él.

Si no hacía todo lo posible para ayudarla a adaptarse a su nueva vida podría perderla antes de que finalizaran los seis meses.

De ninguna manera podía permitir que eso ocurriera.

Tras estacionar el coche, entró precipitadamente en casa en busca de Andrea.

Capítulo 6

Tras deshacer el equipaje, Andrea se preparó para ir a la cama y justo cuando acababa de acostarse vio que se abría la puerta del dormitorio.

No esperaba que Gabe volviera tan temprano ya que había ido a ver a su padre y pensó que tardaría muchas horas. Algo debía de ir mal.

–¿Gabe? –llamó alarmada al tiempo que se sentaba en la cama.

–Quédate ahí, *mon amour* –dijo al tiempo que cerraba la puerta–. Estaré contigo en un minuto.

Aunque dicho en francés, el cariñoso apelativo la tomó por sorpresa. En ese momento no se parecía en nada al conductor desquiciado que hacía un rato la había dejado en casa. Una conducta tan diferente a la del hombre del que estaba enamorada que le había hecho vislumbrar la profundidad de su sufrimiento.

Andrea no sabía qué pensar, así que permaneció en una ansiosa espera hasta que lo sintió junto a ella en la cama.

De inmediato la ciñó contra su cuerpo con tal urgencia que ella sintió que una especie de fuego líquido recorría su cuerpo. Más tarde, cuando le hubo hecho el amor con un refinado salvajismo, la acunó entre sus brazos.

–Perdóname por haber sido tan brusco contigo esta tarde –susurró.

–No hay nada que perdonar. Acababas de recibir noticias que te dejaron destrozado. ¿Crees que no lo comprendo?

–De todos modos mi conducta no tiene excusa, pero te juro que no volverá a suceder. Tú eres la única persona a la que nunca querría herir.

–No me has herido. Cuéntame qué sucedió.

–Fui a buscar a mi padre a los lugares donde supuse que podría encontrarlo. Pero debí haber pensado que probablemente se había quedado en casa donde sabe que yo no tendría la osadía de presentarme –dijo antes de besarla.

–¿Y no se te ha ocurrido pensar que podría sentirse herido porque decidiste quedarte con Jacques en lugar de visitarlo a él primero? –preguntó Andrea, tras una pausa.

Gabe se separó de ella con un suspiro.

–¿Así que sugieres que debí haber ido directamente a su casa desde el aeropuerto y obligarlo a encarar sus miedos?

–No, sólo pensaba en voz alta –contestó al tiempo que se inclinaba sobre él.

–De todos modos me has hecho tomar una decisión –dijo al tiempo que delineaba la boca femenina con el dedo índice.

–¿Y cuál es? –preguntó, con el corazón en un puño.

–Pensaba ir a su embarcación antes del amanecer y esperar su llegada. Pero a esa hora ya habrá otros pescadores y todos son amigos de mi padre. Y aquí las noticias vuelan. No sería justo que él o mis hermanos se enteraran por otras personas que estoy en el barco. Así que, *mon coeur*, mañana tú y yo iremos a pasear y pasaremos el día juntos. A la hora de cenar iremos a visitar a mi padre como cualquier pareja de recién casados ansiosos por ver a la familia. Y sea lo que Dios quiera.

Andrea dejó escapar un sonido ahogado.

–¿No prefieres ir solo? Es tu primera visita.

–No. He descubierto que necesito a mi mujer, y quiero que me acompañes en todas las etapas del camino –murmuró antes de besarle la palma de la mano–. Antes de ir a pasear iremos al hospital a pedir hora para el mejor ginecólogo que nos recomienden.

–En este momento no me pasa nada.

–Eso está muy bien, pero cuando quedes embarazada será mejor que ya conozcas a tu médico, ¿no te parece?

–Sí, desde luego. Gracias por pensarlo.

–Has estado muy ocupada con mis problemas. Es hora de centrarnos en ti y en el niño que vamos a tener. Si conozco bien al abuelo, estoy seguro que ya se ha puesto de acuerdo con Karmele para que echemos un vistazo a la casa. Una vez dentro podremos decidir dónde arreglar el cuarto del bebé.

Gabe estaba convencido de que quedaría embarazada ese mes y Andrea temía que se hundiera tanto como ella si le llegaba el período. Lo sabría en menos de diez días.

–¿En que piensas, *Madame Corbin*?

–En muchas cosas –respondió con un suspiro.

–Ven aquí –susurró en un tono muy sensual.

Cuando la boca de Gabe buscó la suya, Andrea se sintió cautiva del éxtasis que sólo su marido podía proporcionarle.

Alguien llamó suavemente a la puerta.

–Gabriel.

Así que Gabe no había soñado que su abuelo lo llamaba. ¿Qué hora era? Las siete menos cuarto. Probablemente iba a pescar y quería avisarles, pero habría dejado una nota. No, seguramente tenía otro motivo para perturbarlo a esa hora.

Gabe se deslizó de la cama con cuidado para no despertar a Andrea. Habían hecho el amor toda la noche y tenía que estar exhausta. Fue de puntillas al cuarto de baño a buscar su bata. Luego salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

–Giles está abajo. Voy a la panadería –murmuró Jacques con una mano en el brazo de Gabe.

De todos los escenarios posibles para un encuentro, nunca imaginó que su padre lo fuera a buscar allí y lo sorprendiera con la guardia baja. Como un sonámbulo siguió al abuelo.

Y ahí estaba su padre, esperándolo al pie de la escalera.

Tenía sesenta años, pero parecía diez años mayor, con un aspecto desmejorado y vagamente disoluto.

En ese instante no notó que su abuelo había desaparecido porque sólo veía dos cosas: temor y súplica en los oscuros ojos marrones de su padre.

–Gabriel –balbuceó–. Tienes todo el derecho a despreciarme. Pero quiero que sepas que desde que te pedí que no volvieras a casa he pensado en ti a todas horas. He anhelado la presencia de mi hijo –dijo con la barbilla temblorosa mientras se apoyaba en la barandilla. Las lágrimas corrían por sus mejillas–. No merezco nada, *mon fils*, pero milagrosamente la Virgen Santísima me ha permitido vivir lo suficiente para poder mirarte y comprobar por mí mismo que te has convertido en un hombre espléndido. Y ahora ya puedo morirme.

De pronto, como una revelación Gabe supo que su padre había

sufrido más de lo que él hubiera podido imaginar. Gabe continuó bajando la escalera hacia él.

–¿Y por qué desearías morir?

–Porque soy tu padre y te fallé, aunque estaba convencido de que lo hacía por tu bien.

–Te creo.

Todo ese tiempo Gabe había creído que lo alejó para proteger a Yves. Pero Andrea lo había obligado a considerar la confidencia del abuelo acerca de que Giles no había querido que se sintiera obligado a casarse con Jeanne Marie.

–Te hice daño, Gabriel. Y era lo último que hubiese deseado hacer. No hay perdón para eso. Te he echado de menos... y ya no se puede volver atrás –alcanzó a decir antes de romper en sollozos que llegaron al alma de Gabe.

–Es verdad, papá. Pero nos quedan muchos años para estar juntos –murmuró con un nudo en la garganta–. No podemos cambiar el pasado. Ha quedado atrás, donde debe estar.

–¿Qué estás diciendo? –preguntó Giles, angustiado.

–He venido a quedarme porque aquí es donde se encuentra mi familia. Y aquí es donde quiero ver crecer a mis propios hijos.

–Pero ahora eres un hombre importante con enormes responsabilidades. No tienes nada que hacer aquí.

–¿Has dejado de quererme, papá?

–Te quiero demasiado. Ése ha sido el problema –declaró con los ojos arrasados en lágrimas.

–Y yo nunca he dejado de quererte, *mon père*.

–Gabriel...

La incredulidad de su voz sonó como un gemido. Gabe lo estrechó entre sus brazos.

–No hay nada que perdonar, papá. Soy culpable por haber estado lejos tanto tiempo. El orgullo me impidió llamarte.

–No. Pensaste que yo ya no te quería. Tuviste miedo de comunicarte conmigo por temor a un rechazo. Y a mí me aterrorizaba el daño que te había causado sin intención. Pensé que estabas mejor sin mí, así que resistí la tentación de llamarte. ¡Pero lo deseaba tanto! En cambio, llamé al abuelo. Él fue el puente que me mantuvo unido a ti.

–Yo también utilicé al abuelo con los mismos fines. Tenía que

saber cómo estabas. Y ahora que ambos sabemos la verdad, quiero volver a formar parte de la familia. Dime, ¿cómo supiste que había llegado?

–Jacques llamó para decírmelo.

–Entonces déjame ser el primero en anunciarte que mi esposa ha venido conmigo. Hace seis meses que trabaja para mí en la empresa. Durante la primera entrevista sentí algo por ella que no he experimentado nunca con otra mujer. Más tarde, se convirtió en mi ingeniero jefe de programación, pero todavía no era suficiente para mí. Así que hace diez días me casé con ella en Nueva York.

–¡Bravo! –exclamó Giles al tiempo que volvía a abrazarlo–. ¿Lo sabe tu madre?

Su divorcio era otro misterio. Especialmente desde que a Gabe le había quedado claro que su padre todavía la amaba.

–Sí. La semana pasada hablamos por teléfono desde la casa de los padres de Andrea donde pasamos una semana tras la boda. Dice que vendrá a conocerla cuando estemos instalados en nuestra propia casa.

–¿Vuestra propia casa? –murmuró al tiempo que se rascaba la cabeza–. ¿Vas a instalar una filial de tu empresa en la isla?

–Vamos a la cocina a tomar café y te lo explicaré todo. Tenemos años para ponernos al día y hay asuntos importantes que quiero discutir contigo acerca del futuro de la isla –dijo mientras se dirigían a la cocina.

Los ojos de su padre brillaron con una nueva luz.

–Me parece muy bien.

Jacques ya había preparado el café. Gabe puso en la mesa un trozo de pan de la noche anterior mientras Giles sacaba las tazas del armario.

Al mirar a su padre que mojaba un trozo de pan en el café como lo había hecho cientos de veces anteriormente, tuvo una sensación de *déjà vu* aunque un tanto diferente. En ese momento sentía una camaradería con su padre que era nueva para él. Ya no se sentía culpable por ser diferente a sus hermanos. En cuanto a su padre, al parecer Gabe ya no le intimidaba.

–Pensamos trasladarnos a la casa de Gorky tan pronto como Karmele se marche. Necesitamos establecernos cuanto antes. Andrea tiene un problema de salud del que ya te hablaré y tengo

que ayudarla a adaptarse a su nueva vida. Bien sabes cuán difícil fue para mamá. Me gustaría que me aconsejaras al respecto.

–¿Me pides consejo a sabiendas que tu madre me dejó?

–Sí.

–Yo también le fallé a ella, *mon fils.*

–¿De qué manera?

–No me lo preguntes.

Andrea despertó en una cama vacía. Gabe debió de haber pensado que necesitaba dormir tras la larga noche de pasión.

La intensidad del encuentro amoroso pudo haberle hecho creer que Gabe empezaba a implicarse emocionalmente, pero ella no olvidaba su sentimiento de culpa por la brusquedad con que la había tratado anteriormente.

La ausencia de Gabe le permitió lavarse el pelo y ponerse un vestido nuevo para el paseo de esa mañana. Era un vestido blanco de verano con mangas cortas, con un estampado en un suave tono lavanda. Había comprado unas sandalias blancas que hacían juego con el vestido.

Antes de marcharse de Nueva York, su estilista le había hecho un buen corte de pelo de modo que todo lo que tenía que hacer era secarlo y luego cepillarlo. Una vez vestida, se dio un toque de carmín rosa en los labios y un suave perfume floral.

Seguramente durante el paseo por la isla la gente reconocería a Gabe y quería que estuviera orgulloso de ella.

Cuando bajaba la escalera oyó voces masculinas. Aunque no pudo oír con claridad lo que decían, estaba claro que disfrutaban de la conversación.

–*Bonjour,* Jacques –dijo en su mejor francés al entrar en la cocina.

Los hombres se pusieron de pie. Los ojos grises de Gabe le lanzaron una mirada tan íntima que le hizo latir el corazón con fuerza, pero no fue sino hasta que su mirada se volvió al abuelo cuando se dio cuenta de su error.

Ante ella había una versión más joven de Jacques. Andrea dejó escapar una exclamación ahogada.

–*Mon amour*, éste es mi padre, Giles Corbin. Papa, ésta es

Andrea, mi esposa.

–Bienvenida –saludó Giles al tiempo que la abrazaba con simpatía y la besaba tres veces en ambas mejillas –. Mi hijo se me parece más de lo que creía. Podemos ser bretones de la cabeza a los pies, pero parece que sólo una hermosa mujer estadounidense posee la llave de nuestro corazón –declaró, claramente conmovido.

Andrea pensó que se equivocaba. El corazón de Gabe no estaba comprometido, aunque ese momento no tenía nada que ver con ella. Era el momento de un padre y un hijo que volvían a encontrarse después de años de sufrimiento. Y quiso llorar de alegría.

–Gracias –dijo a la vez que estudiaba las huellas que el dolor había dejado en ese rostro apuesto cuya estructura ósea había legado a su hijo–. Tenía muchos deseos de conocerlo. Sabía que un hombre tan extraordinario como Gabe debía tener unos padres maravillosos.

–Vamos a reunir a toda la familia para celebrar tu regreso, *mon fils*. Todos deben conocer a Andrea.

Gabe rodeó los hombros de la joven y la atrajo hacia su cuerpo.

–Tante Helene llamó anoche y sugirió lo mismo. Le dije que primero quería verte.

–La llamaré mientras vosotros visitáis la isla. Nos reuniremos a las siete.

–¡No se vaya! –dijo Andrea impulsivamente–. Gabe y yo tenemos meses para recorrer la isla.

–¡Años! –corrigió su marido con tanta intensidad que la dejó pasmada.

Aunque no debería ser así, puesto que Gabe intentaba que todos creyeran que estaban enamorados y planeaban vivir juntos para siempre.

–Yves me espera en el barco. Gabriel me ha hablado de tu batalla contra la endometriosis. Es mucho más importante que vayas al hospital esta misma mañana, como lo habíais programado. Hablé a Gabe del doctor Marais, un nuevo ginecólogo. Lucie fue a verlo cuando tuvo problemas durante el último embarazo. Tras descubrir de qué se trataba encontró la solución de inmediato. Estarás en buenas manos.

–Me alivia oír eso, Monsieur Corbin.

–Por favor, llámame Giles, o mejor Papa.

–Papa, entonces.

–*Merci, ma belle* –murmuró antes de volver a besarla en ambas mejillas.

Mientras besaba a su hijo cariñosamente, los ojos de Gabe encontraron los de Andrea. Había en ellos una ternura que ella nunca había visto y su cuerpo se estremeció.

Luego acompañaron al padre hasta la puerta. Giles había estacionado su coche detrás del de Gabe. Antes de que el padre entrara en su vehículo, vieron que Jacques se acercaba pedaleando con dos barras de pan bajo el brazo. Se detuvo para hablar con su hijo que lo abrazó con fuerza mientras aún estaba en la bicicleta.

–Estoy tan contenta por ti, Gabe –dijo Andrea.

La mano ciñó con más fuerza su cadera.

–Hemos empezado con buen pie, pero sigo sin saber qué sucedió hace años. No descansaré hasta descubrir la verdad.

–Pensé que habíais hecho las paces.

–Papa y yo hemos decidido dejar el pasado atrás, pero eso es todo lo que hemos hecho. No le hice preguntas y él no dio respuestas.

En ese momento, Andrea se dio cuenta de que Jacques había hecho que Giles fuera a la casa. También fue Jacques el que le confió sus sospechas acerca de la paternidad del hijo para que ella se lo contara a Gabe. Sin la ayuda del abuelo, las relaciones entre el padre y el hijo todavía estarían en punto muerto.

Le estaba agradecida por su intervención; sin embargo, gran parte de su alegría inicial se disipó al saber que Gabe tenía muchas preguntas que hacer y que no descansaría hasta no aclarar los hechos.

A lo largo de todo ese día su actuación como marido devoto fue irreprochable. Primero visitaron al doctor Marais, y más tarde dieron un paseo por el puerto donde había tiendas encantadoras y músicos ambulantes. En el museo Arche, Gabe fue el guía perfecto. Ella disfrutó cada minuto junto a él.

Pero detrás de la fachada había un hombre entregado a una misión. Al caer la tarde, ella podría haber asegurado que contaba los minutos que faltaban para la fiesta familiar.

Gabe se puso un traje gris formal para la ocasión y el abuelo uno

azul marino. Andrea se duchó y luego se puso un vestido negro de seda sin mangas con cuello mandarín que su marido le había comprado como regalo de bodas y que había insistido que llevara en la fiesta.

Cuando apareció ante él, los ojos de Gabe llamearon de pasión antes de bajar la vista. Ella sintió que una onda de calor se apoderaba de su cuerpo al notar la mirada de su apuesto marido. De inmediato recordó la intensa noche pasada y la pasión insaciable de Gabe.

A las siete en punto, estacionaron detrás de una hilera de coches cerca de la casa de Tante Helene, al otro lado de la isla. La vivienda era de estilo rancho con la fachada amarilla.

Antes de que su marido le abriera la puerta, Andrea vio a dos hombres morenos, muy parecidos a Gabe e iguales entre sí, que se acercaban sonrientes al coche.

Emocionada, contempló el encuentro de los hermanos entre abrazos, besos, risas y gritos de alegría. Eran hombres hechos y derechos. Cuando Gabe se marchó de la isla sólo tenían dieciséis años.

Detrás de ellos vio que otro hombre bajaba la escalerilla del porche. Parecía mayor que ellos, aunque con los mismos rasgos familiares y tan alto como Gabe. Era Yves.

El hombre vaciló un segundo antes de unirse a ellos y dar la bienvenida al segundo hijo de los Corbin.

–Mientras lo chicos se saludan, te llevaré al interior para presentarte a la familia –dijo Jacques mientras ayudaba a Andrea a bajar del coche.

–Gracias, Jacques.

El abuelo enlazó su brazo con el de ella y la guió hacia la casa.

En ese momento, una mujer morena de expresivos ojos oscuros y labios protuberantes salió al porche. Sus ojos se posaron hambrientos sobre Gabe. Jeanne Marie.

La muchacha que había dormido con Gabe antes que ella. La muchacha casada con Yves, el hermano mayor, un recuerdo constante del hombre que no pudo tener.

Andrea había pensado que no le incomodaría conocer a la mujer del pasado de Gabe. Pero se equivocó. ¡Y de qué manera!

Capítulo 7

Al parecer, Jacques notó el temblor de Andrea porque la atrajo hacia sí en un gesto protector mientras subían la escalerilla donde se encontraba la mujer, inmóvil, como si estuviera congelada.

–Jeanne Marie. Ésta es Andrea, la esposa de Gabe.

Unos ojos oscuros la taladraron con la mirada.

–*Bonsoir.*

–*Bonsoir*, Jeanne Marie. *Enchantée de faire ta connaissance* –saludó Andrea al tiempo que alargaba la mano.

La mujer no tuvo más alternativa que estrechársela.

Con el rabillo del ojo, Andrea percibió un brillo de aprobación en la mirada de Jacques. También alcanzó a ver a Giles que, como su padre, llevaba un traje azul oscuro y corbata.

A juzgar por su amplia sonrisa, también había visto la escena y parecía muy complacido con la respuesta de Andrea. Entonces le abrió los brazos y Andrea se refugió en ellos.

Como guardias de honor, los dos hombres la escoltaron dentro de la casa donde tuvo que enfrentarse al resto de la familia.

De no ser por Jacques y Giles la experiencia habría sido muy incómoda. Los chicos estaban anormalmente tranquilos. Los adultos la saludaron con educación, pero sin simpatía.

Una vez hechas las presentaciones, Helene la llevó al bufé dispuesto en el comedor e insistieron en que se sirviera primero ya que era la invitada de honor. Todos los ojos estaban clavados en ella cuando puso un poco de todo en su plato.

Se sintió aliviada al ver que un par de jovencitos la seguían a la sala de estar y se sentaban a su lado en el sofá. Eran los mellizos, hijos de Yves y Jeanne Marie, un chico y una chica en edad de ir al instituto. Andrea pudo sentir la curiosidad reflejada en sus rostros.

–Hace años que no comía este pescado. Está delicioso.

–No está mal –convino Robert, con un fuerte acento francés.

–¿Y qué comes? –preguntó Vivienne, con el mismo acento de su hermano.

Andrea quedó impresionada al ver que todos se expresaban tan bien en inglés.

–Mucha comida rápida. Hamburguesas y cosas así.

Los adolescentes sonrieron y comenzaron a comportarse de manera más natural.

–¿Cuando trabajabas para Gabriel viajaste alguna vez en su jet privado? –Vivienne quiso saber.

–Sí, unas tres veces.

–¿Y por qué no lo trajo a la isla? –preguntó Robert.

Andrea observó que todos estaban pendientes de la conversación.

–Lo vendió.

–¿Por qué? –preguntó, muy sorprendido.

–Porque Gabe vendió su compañía y se vino a la isla; aquí ya no tendrá necesidad de viajar.

–¿Es cierto que tiene casas en todo el mundo?

–No que yo sepa, Vivienne.

–¿Cuántos guardaespaldas tiene?

–No tiene, Robert.

–Pero todos los multimillonarios tienen guardaespaldas.

–Creo que tenéis una idea equivocada de Gabe. Invirtió su dinero en negocios, no en cosas. La empresa Karsh Technologies ha comprado su compañía. Gabe ya no es multimillonario. Es como cualquiera de nosotros.

–Pero le pagaron...

–Ha destinado el dinero a obras benéficas.

Una ahogada exclamación de sorpresa recorrió la sala de estar.

–¿Por eso no llevas una sortija con un enorme diamante?

–Supongo que sí, Vivienne. Pero me sorprendió con esta alianza de oro.

–¿Te molesta que ahora sea pobre?

–No, Vivienne, me alegra.

–¿Cómo puedes alegrarte? –preguntó Robert.

–Porque en la vida hay cosas más importantes que poseer más dinero del que se necesita. Gabe añora su hogar. Y ama el mar.

–¿Desde cuándo? –preguntó Michel en tono burlón. Era hijo de Helene y Auguste.

–Desde siempre –replicó con firmeza–. Puede que te interese

saber que durante años Gabe ha sido miembro del Consejo Francés para la Pesca. Sabe más acerca de lo que ha sucedido en St. Pierre y Miquelon que cualquiera de esta comunidad.

–¿El Consejo Francés para la Pesca? –preguntaron los tíos de Gabe.

–Eso es. Sin su intervención en las disputas limítrofes, vuestras islas no habrían contado con los derechos de pesca dentro de las doce millas marítimas protegidas que los canadienses planeaban arrebataros.

A ese punto, Michel dejó de comer y lo mismo hicieron los otros.

–Vaya...

–Los empleos que disfrutan Bertrand, Philippe y cientos de isleños en la planta procesadora de pescado se deben a Gabe –añadió con énfasis.

–¿Qué dices? Es una empresa francesa –intervino la tía Cecile.

–Tienes razón, creada gracias al dinero y talento de Gabe.

El dinero de Gabe también respaldaba el proyecto de plataformas de perforación petrolíferas que aportaría cientos de miles de dólares y puestos de trabajo a la gente de la isla. Pero esa información se la guardó para ella. La familia ya tenía demasiado que asimilar con lo que les había contado.

De hecho, temía haber hablado más de la cuenta. A Gabe no le gustaría. Al oír voces desde el comedor, se echó a temblar. Gabe y sus hermanos estaban en la casa. Afortunadamente su marido no entró en la sala cuando ella proclamaba sus sorprendentes virtudes.

Gabe llevó una silla del comedor y antes de sentarse detrás de ella la besó en la nuca.

–Siento haberte dejado sola con los lobos. No volveré a hacerlo –susurró en su oído.

Los hermanos también llegaron con sus sillas. El último fue Yves acompañado de Jeanne Marie.

–¿Cómo fue que Oncle Gabriel se casó contigo? –preguntó Paul, el hijo de once años de Philippe que no le quitaba los ojos de encima.

–Trabajábamos juntos y descubrimos que nos gustábamos.

–¡Pero tú eres estadounidense!

–Es cierto, y tú eres francés. Nací en Nueva York. ¿Has estado alguna vez allí?

–No, pero *mes parents* me llevaron a Montreal.

–Nunca he estado allí. ¿Te gustó?

–Sí, es grande.

–Nueva York también, pero me gusta esto porque es tranquilo y el mar está en todas partes.

–Espera a ver la niebla –intervino Celeste, madre de Paul.

–Gabe dice que puede ser muy densa.

–Los inviernos aquí son *affreux* –intervino Cecile con una mirada intencionada.

–También son terribles en Nueva York. A veces los autobuses y los coches quedan atrapados en la nieve y el viento derriba el tendido eléctrico, así que lo único que se puede hacer es quedarse en casa.

Giles eligió ese momento para levantarse del asiento con un vaso de vino en la mano.

–Agradezco haber vivido lo suficiente para presenciar el día en que mi segundo hijo vuelve al hogar. Y el hecho de que Andrea lo acompañe es otra bendición. Bienvenidos, *mes enfants* –dijo al tiempo que alzaba la copa hacia ellos antes de beber un sorbo.

–Es maravilloso estar de vuelta, Papa. No veo la hora de volver a pescar contigo –contestó Gabe, con la voz enronquecida–. Mis hermanos y primos han crecido y tienen esposas e hijos, sin embargo, mis mayores y el abuelo no han cambiado. Andrea y yo viviremos con él hasta que Karmele se marche, entonces nos mudaremos a esa casa que será nuestro hogar. Si alguien quiere ayudarnos a pintar y reparar el techo, no nos negaremos.

–Nosotros lo haremos –Bertrand y Philippe exclamaron al unísono.

–Gracias por la cena, Tante Helene. No hay nada como la cocina casera. Cuando estemos instalados os invitaremos a todos a probar alguna de las recetas alemanas de mi mujer.

–Creí que eras estadounidense –dijo Paul, con el ceño fruncido.

–Lo soy, pero mis padres provienen de Heidelberg.

–Tienen una tienda de cascanueces en Scarsdale –añadió Gabe con una extraña inflexión en la voz que hizo que Andrea se preguntara qué estaba tramando.

–¿Tienda de qué?

Sin responder, Gabe sacó del bolsillo la llave del vehículo y la

balanceó ante los ojos de Robert.

–Vivienne y tú podéis abrir el maletero del Nissan y encontraréis unas cajas. Los padres de Andrea me las han enviado. Hay regalos para todos.

Mientras los chicos se precipitaban tras Robert, Andrea miró a su marido, perpleja.

–¿Hay algo malo en hacer de *Pére Noël* a mediados de junio? –preguntó Gabe al tiempo que la besaba en los labios.

–Nada en absoluto –contestó con la voz embargada de emoción al comprender que Gabe había implicado a sus padres en secreto utilizando regalos de la tienda para celebrar su regreso a casa.

Cuando los chicos entraron con dos grandes cajas, Gabe pasó diez minutos de rodillas buscando paquetes y leyendo el nombre de los destinatarios con el entusiasmo de un niño.

Muy pronto el ambiente se animó mientras cada uno descubría su regalo. Había cascanueces que representaban diversas figuras y otros objetos encantadores. Todas procedían de la Selva Negra. Eran piezas artesanales de madera y pintadas a mano.

–Este paquete es para ti –murmuró Gabe–. Lo sacaremos en Navidad como un recuerdo de tus padres.

¿Navidad? Andrea no sabía si aún estaría allí para esas fechas. Tras abrir el regalo descubrió dos cascanueces. ¡El Rey y la Reina de Corazones! ¡Sus favoritos!

Durante años habían estado expuestos en la tienda, pero sus padres nunca habían querido venderlos.

–No puedo creer que papá y mamá se hayan desprendido de ellos –dijo, con los ojos empañados.

–Tuve que prometerles que a cambio les daríamos un nieto –susurró Gabe.

–Gracias, Gabe. No sabes lo que esto significa para mí –murmuró ella mientras se enjugaba las lágrimas.

Antes de darse cuenta, Andrea se vio sitiada por los chicos y los hermanos de Gabe, incluso Yves. Todos la besaron afectuosamente a la vez que le agradecían los regalos. Sus esposas hicieron lo mismo.

Jeanne Marie cumplió su parte como si no sucediera nada, pero con una mirada turbia. Andrea sabía que tener que besar a la mujer de Gabe delante de él quizá era lo más difícil que se había visto obligada a hacer.

–Lo siento, hemos dejado tu sala en completo desorden, Tante Helene.

–No te disculpes, Gabriel. Todo el mundo ha quedado encantado. Bienvenido a casa –dijo al tiempo que lo abrazaba.

Mientras los otros empezaban a ordenar la habitación, Andrea fue al comedor a retirar los platos de la mesa para llevarlos a la cocina.

Encontró a Cecile cargando el lavavajillas. Estaban a solas. Cecile la miró por encima del hombro.

–Gracias por el pesebre, es muy bonito.

–Se lo diré a Gabe, fue idea suya.

–No te pareces en nada a su madre.

Andrea parpadeó.

–¿Es que las personas tienen que parecerse? Lo siento, no entiendo.

–Al menos tú hablas.

–En otras palabras, la madre de Gabe era más tímida.

–Sí.

–Creo que sólo tenía diecinueve años cuando llegó a la isla. Yo tengo veintiocho y he trabajado desde los tiempos de la universidad. Eso marca una gran diferencia.

–Tal vez. ¿Te ha contado Gabriel lo que hubo entre él y Jeanne Marie?

Andrea respiró a fondo.

–¿Siempre te ha gustado causar problemas?

Cecile hizo funcionar la máquina.

–Él sí que los ha causado. ¿No te molesta saber que tu marido intimó con ella? ¿Que concibieron un hijo?

Andrea no iba a discutir con Cecile acerca de Gabe o su hermano.

–Entiendo que hay dudas respecto a la paternidad del bebé. Después de todo pudo haber sido de otra persona.

Cecile dejó escapar una exclamación ahogada y se llevó una mano temblorosa a la garganta.

–¿Qué te ha contado Jacques?

–No ha ocultado ningún secreto, si te refieres a eso.

La mujer movió la cabeza de un lado a otro.

–¿Cómo se enteró de lo de Claude? –tartamudeó.

–¿Andrea?

Al oír la voz de Gabe, su tía literalmente se echó a temblar. El temor reflejado en sus ojos confirmó las sospechas de Andrea.

Entonces giró la cabeza y vio a su marido en la puerta.

–Te he estado buscando, *mon coeur*. El abuelo está cansado. Creo que deberíamos regresar a casa.

–Voy –dijo antes de volverse a la mujer cuyos ojos le imploraban silencio–. *Bonne nuit,* Cecile. Fue un placer hablar contigo.

Tras despedirse de su tía, Gabe rodeó los hombros de Andrea con un brazo.

–¿Te encuentras bien? –preguntó, antes de morderle el lóbulo con suavidad.

–Sí.

–No me mientas. Cecile dijo algo que te molestó, ¿verdad? Mi madre solía decir que es venenosa.

–En este caso me temo que por error se ha envenenado a sí misma.

–¿Qué sucedió?

–Hay algo importante que quiero hablar contigo y con Jacques, pero cuando estemos a solas.

Cuando Gabe arrancó el coche, Andrea se volvió hacia el asiento trasero.

–Jacques, ¿quién es Claude?

–Uno de los tíos de Jeanne Marie, hermano de Evangeline. ¿Por qué lo preguntas?

–¿Vive en la isla?

–No. Claude odiaba el mar y no se llevaba bien con su padre. Se marchó a Francia hace años y desde entonces nadie lo ha visto.

–¿Nunca se casó?

–No, que yo sepa.

–Exactamente, ¿recuerdas cuándo se marchó? Es muy importante.

Gabe lanzó a Andrea una mirada interrogativa antes de aferrarle la mano.

–Lo recuerdo muy bien porque fueron los tiempos más tristes de mi vida. Sucedió el mismo día que te fuiste, Gabe. Tu abuela y yo estábamos abrumados de dolor, igual que tu padre, todavía conmocionado por su divorcio. Fuimos a su casa para intentar

consolarlo. Cuando estábamos allí, Helene y Cecile llegaron con más noticias tristes. Claude también se había marchado. Evangeline estaba hundida porque él es su único hermano.

Habían llegado a la casa, pero Gabe no se bajó del coche.

–¿Qué es todo esto, Andrea?

–Estoy segura de que Evangeline estaba hundida, pero más tenía que ver con el hecho de que Claude era el padre del hijo de Jeanne Marie.

–¿Cecile te dijo que Claude había acosado a su propia sobrina? –inquirió Gabe al tiempo que le apretaba la mano con demasiada fuerza.

–Se le escapó accidentalmente.

–Cuéntanos todo lo que dijo –murmuró Gabe con gravedad.

Andrea así lo hizo.

–Y entonces, cuando entraste en la cocina, acababa de darse cuenta de su desliz, pero era demasiado tarde para encubrir el secreto de Evangeline. No olvidaré el terror que había en sus ojos.

–Ahora cabe preguntarse qué sabía Papa de esto y cuándo lo supo –comentó Gabe, en tono glacial.

Jacques se inclinó hacia adelante y puso una mano en el hombro de Gabe.

–Ve a verlo y entérate de la verdad de una vez por todas.

–Lo haré –replicó Gabe con fiereza.

–No hace falta que bajes con nosotros, Gabe –intervino Andrea con voz temblorosa–. Jacques y yo estaremos bien.

Pero Gabe los acompañó hasta la casa y les abrió la puerta. Jacques entró con los regalos.

–Gracias a ti podré aclarar esta pesadilla. Tú me haces bien, Andrea –murmuró antes de besarla en los labios con firme dulzura.

Andrea se estremeció. Mucho después de que Gabe hubiese partido, todavía permanecía inmóvil en el porche.

Era el primer beso que le daba libremente. Pero nunca olvidaría que lo había hecho por gratitud. Todos los otros besos habían sido motivados por el deseo de dejarla embarazada.

Sin embargo, al saber que el bebé de Jeanne Marie no era suyo, la situación había cambiado. Ya no había ninguna razón para sustituirlo por otro hijo.

Gabe ya no la necesitaba para ayudarlo a convivir con su

familia. Tendría que dejarlo en libertad y así podría enamorarse de una isleña, una mujer de su entorno a la que su familia también pudiera abrazar. Una mujer sin problemas físicos que podría darle todos los hijos que él quisiera.

–¿Andrea? ¿Vienes?

–Sí. Estaba mirando el reflejo de la luna en el mar –dijo mientras entraba y cerraba la puerta con el seguro.

Juntos subieron la escalera.

–Antes de que me olvide, Karmele dice que podéis ir a ver la casa por la mañana. Buenas noches, Andrea.

–Gracias, Jacques. Buenas noches.

Una vez a solas en su habitación, buscó el teléfono móvil para llamar a sus padres.

–¿Mamá?

–Andrea, cariño, justo en este momento hablábamos de ti. ¿Cómo estás? –preguntó su madre.

–Esta noche hubo una fiesta familiar. Tus regalos fueron un éxito.

–Gabe me dio una lista. Me divertí mucho haciendo paquetes.

–Casi no pude creerlo cuando vi al Rey y a la Reina de Corazones, mamá.

–Siempre pensé regalártelos cuando encontraras a tu verdadero amor.

–Hay un problema, mamá. Yo no soy el amor de Gabe. He cometido un error.

–¿Qué error es ése? –se oyó la voz del padre por la otra extensión.

–Gabe no me ama. Se casó conmigo por otros motivos que ya no existen.

–Gabe no es hombre que tome decisiones a la ligera, hija.

–Tu padre tiene razón. Nunca he visto a un hombre tan ansioso por ser tu marido –intervino la madre.

–Era porque pensó que me necesitaba. Pero esta noche hemos sabido que el hijo que Jeanne Marie perdió no era suyo, así que ya no me necesita para que le dé un sustituto –explicó Andrea, angustiada.

Al oírla, los padres quedaron perplejos.

–Creo que es mejor que empieces por el principio, cariño –

sugirió Karl Bauer.

Capítulo 8

El coche de Giles no estaba delante de la casa donde Gabe se había criado.

Entonces empezó a buscar a su padre por todas partes, decidido a encontrarlo como fuera. Incluso fue al bar Petit Marin, pero sin resultado.

Casi vencido, Gabe se detuvo un momento a contemplar las oscuras aguas que reflejaban la luz de la luna llena. De pronto, su instinto lo impulsó a ir a la parte más solitaria de la isla como última posibilidad.

Al girar en una curva vio el coche de su padre junto a una estación de radio construida en una colina. Tras estacionar detrás del Peugeot de Giles, se encaminó hacia la cima y pronto descubrió su silueta perfilada por la luz de la luna.

–¿Papa?

Giles se volvió bruscamente.

–Gabriel, ¿por qué no estás en casa con tu mujer? –preguntó, sorprendido.

Una suave brisa les alborotaba los cabellos y las corbatas. Tras quitársela, Gabe la metió en un bolsillo y luego se acercó a su padre para poder ver su rostro con más claridad.

–Esta noche Cecile le dijo a Andrea algo que ha hecho tambalear mi mundo.

Giles hizo una mueca.

–Mi hermana siempre fue difícil, incluso cuando era niña. Ha considerado que su misión en la vida es perjudicar a todos los seres que amo. ¿Qué puedo hacer por el bien de Andrea?

–Quiero que me contestes una pregunta. ¿Cuándo te contó Jeanne Marie que estaba embarazada? ¿Cuánto tiempo después de mi partida?

Giles lo miró con seriedad.

–Fue Yves quien dijo que estaban enamorados y que querían casarse.

–¡Oh, no! –murmuró Gabe cerrando los ojos.

–Después de la amarga historia entre la familia de Evangeline y la mía a causa de mi negativa a casarme con ella, se me hacía intolerable la idea de que su hija se convirtiera en la esposa de Yves. Con la esperanza de disuadir a tu hermano, sugerí que sería prudente que se tomara un tiempo para conocerla mejor ya que sólo hacía un par de meses que habían empezado a salir juntos tras su ruptura con Suzette.

–¿Y entonces admitió que ella estaba embarazada?

Giles asintió.

–Me costó creerlo y le dije que quería hablar con Jeanne Marie. Yves fue a buscarla. Para mi disgusto, llegaron a casa acompañados de Evangeline. Ella me aseguró que habían visto al doctor LeBrun. Como definitivamente su hija estaba embarazada pidió que se fijara una fecha para la boda. No tuve más remedio que dar mi aprobación. Entonces el destino quiso que Jeanne Marie sufriera un aborto espontáneo. Volví a sugerir a Yves que aplazara la boda unos pocos meses. Desgraciadamente me acusó de odiar a Jeanne Marie a causa de Evangeline.

–¡*Mon Dieu*!

–Alejarme de Yves sería muy duro para mí después de perder a tu madre y sin saber cuándo volverías, así que fingí ser un futuro suegro muy feliz. Una semana antes de la boda encontré a Evangeline esperando junto a mi coche. Apenas la vi me di cuenta de que habría problemas. Me dijo que Jeanne Marie siempre había estado enamorada de ti, que eras el padre del niño que esperaba y que la habías rechazado. Añadió que temía que su hija no fuera feliz en su matrimonio si no te mantenía lejos de su vida, especialmente después de haber perdido a tu bebé. Aseguró que no había dudas en cuanto a la paternidad puesto que te había visto a solas con Jeanne Marie en el barco el día del festival vasco, y que si tenía alguna duda llamara al doctor LeBrun.

–Me parece increíble.

–Me advirtió que si no te mantenía lejos de la isla, ella misma contaría la verdad a Yves. Estoy seguro de que iba a cumplir su palabra porque siempre quiso hacerme daño por haber preferido a tu madre.

–¡*Mon Dieu*! –repitió Gabe a la vez que pensaba que eso era justo

lo que el abuelo siempre había sospechado.

–Cuando te pedí que no vinieras a la boda, te estaba poniendo a prueba. Esperaba que negaras haber tenido relaciones con Jeanne Marie, pero no te defendiste.

Gabe intentó controlar sus emociones.

–Dormí con Jeanne Marie sólo una vez. Es cierto, fue el día del festival. Cuando me dijiste que mamá nunca volvería. Esa noche fui al barco y me emborraché. Recuerdo que Evangeline estaba ayudando a Karmele en la cocina así que no pudo habernos visto juntos. Jeanne Marie debió de haberme seguido. Le dije que se volviera a casa, pero se negó. Dijo que se había enterado del divorcio por su madre y que sabía lo mucho que yo quería a mamá. Una cosa llevó a la otra. Para ser sincero, no recuerdo muy bien lo que pasó esa noche, excepto que gracias a tus consejos tomé precauciones.

–¡Eso significa que no pudiste haberla dejado embarazada! –exclamó Giles, consternado.

En ese momento Gabe se dio cuenta de que realmente su padre había sido engañado.

–No, a menos que hubiéramos sido una de esas parejas de desafían las estadísticas. En un momento dado me quedé dormido. Cuando desperté, ella todavía estaba allí. Yo no podía creer lo que había hecho. Era casi la una de la madrugada. Antes de enviarla a su casa me disculpé y le dije que olvidara lo sucedido porque había sido un gran error.

–¿Por eso te marchaste a Nueva York dos días después? ¿Porque te sentías culpable? Evangeline dice que ésa fue la razón.

–No, Papa. Todo lo que Evangeline te contó fue una mentira de principio a fin. No pude aceptar que mamá y tú hubierais decidido divorciaros. Sentí que se me caía el mundo encima. Tenía que marcharme de aquí.

–¿Qué te he hecho, Gabriel? –murmuró Giles, destrozado.

–Tú no me has hecho nada. ¡Ha sido Evangeline! Ella es la verdadera culpable y durante años ha utilizado a Cecile para que le hiciera el trabajo sucio.

–¿Qué le dijo mi hermana a Andrea esta noche? –preguntó Giles al tiempo que se acercaba a Gabe, con los labios apretados.

–Mientras Cecile hacía lo imposible por echar a mi mujer de la

isla, Andrea se enfrentó a ella poniendo en tela de juicio la paternidad del bebé de Jeanne Marie. Naturalmente que se refería a Yves. Pero Cecile no lo sabía y se le escapó el nombre de Claude como responsable del embarazo de su propia sobrina.

–El hermano de Evangeline. Recuerdo que se marchó de la isla al mismo tiempo que tú.

–Tienes razón. Sólo Dios sabe desde cuándo ese pervertido había estado molestando a Jeanne Marie. Evangeline lo sabía desde el principio y nunca se lo dijo a nadie. Su plan era responsabilizarme a mí, así que envió a Jeanne Marie a Nueva York con la esperanza de verla regresar con una alianza en el dedo.

–¿Jeanne Marie te fue a ver a Nueva York? –inquirió Giles, consternado.

–Dicho sea en su honor, no me dijo que estaba encinta. Sólo manifestó que estaba enamorada de mí y que deseaba que volviera a la isla. Le respondí que no me interesaba, que debía regresar y hacer su propia vida. Si hubiera sabido que estaba embarazada no la habría abandonado. Y pensar que ni siquiera era mi hijo.

En ese momento, el rostro de Giles estaba lívido.

–Ahora todo cobra sentido. Cuando Jeanne Marie no pudo tenerte, puso los ojos en Yves. No me extraña que Evangeline temiera que asistieras a la boda. Podrías haber hecho demasiadas preguntas y el plan hubiera fracasado.

Gabe asintió.

–Todo fue obra de Evangeline. Posiblemente Jeanne Marie se sentía tan asustada y culpable por algo que no era su culpa que su madre supo manipularla para que hiciera todo lo que le decía. Esa chica necesita un psiquiatra.

–Y también Evangeline –exclamó el padre con una mirada furiosa–. Cuando supo que no podía tenerme se las ingenió para mantenerme atado a ella a través de su hija.

–¿Crees que Yves sabe la verdad?

Los hombres se miraron fijamente.

–Después de lo que me has dicho, lo ignoro. Pero sé a ciencia cierta que su matrimonio funciona y que son buenos padres.

–Entonces nunca le diré nada a Yves. Eso sólo le concierne a Jeanne Marie –declaró Gabe–. ¿Tuvo algo que ver Evangeline con la partida de mamá? –preguntó, tras una pausa.

Giles tardó en responder.

–Indirectamente. Cuando Jacques tuvo dificultades económicas, busqué un segundo trabajo. Evangeline me dijo que su padre podría contratarme ya que Claude odiaba la pesca. Así que fui a trabajar para él. Como sabes, era uno de los pocos hombres acomodados de la isla. Me dio el anticipo de un año que yo entregué al abuelo. Fui lo suficientemente ingenuo para pensar que lo hacía por tu abuelo y porque yo era un buen trabajador.

–Comprendo.

–Cuando conocí a tu madre y me di cuenta de que no podría casarme con Evangeline, su padre me despidió de inmediato tras exigir que le devolviera el dinero con intereses o me iba a demandar. No había modo de hacerlo a menos que lo consiguiera por otro lado. No quise que Jacques o tu madre lo supieran así que pedí un crédito comercial con el propósito de criar visones para la exportación. Cuando tuve el dinero en las manos, pagué hasta el último centavo al padre de Evangeline. Aunque además trabajaba en la pesca, durante años vivimos muy estrechamente porque el negocio de los visones nunca prosperó. El pago del préstamo bancario nos dejó en la ruina.

–No sabes cómo lo siento, papá.

–Espera, todavía queda lo peor. En una de las fiestas de Cecile, Evangeline estaba presente y eligió esa ocasión para contar mi secreto a tu madre. Cuando Carol se enteró de la verdadera razón por la que teníamos que luchar tan duramente se puso furiosa conmigo porque su padre podía habernos prestado dinero desde el principio. Me acusó de haber permitido que mi orgullo arruinara nuestro matrimonio. Poco después, me anunció que se iba a divorciar. Eso era lo que esperaba Evangeline.

–¡Qué horror!

–Tu madre dijo que no se llevaría a sus hijos porque sabía que lleváis la pesca en la sangre y no seríais felices en otra parte. En cambio, prometió venir todos los meses para estar cerca de vosotros. Sus visitas han impedido mi derrumbe definitivo.

–¿Le has pedido alguna vez que se quede para siempre?

–No. Tuvo que afrontar la adversidad todo el tiempo que vivió conmigo. No tenía derecho a pedirle una segunda oportunidad.

–Ambos hemos permitido que el orgullo arruine nuestras vidas,

Papa. ¡Pero se acabó!

–Se acabó –murmuró Giles al tiempo que se abrazaban estrechamente.

–Espero que lo digas de verdad –observó Gabe, finalmente–. Tengo que hacerte un proposición de negocios que implica a toda la familia. Andrea me dio la idea, aunque ella todavía no lo sabe.

–¿Por qué no me lo cuentas mientras volvemos a nuestros coches? Andrea debe de estar preguntándose dónde estás. No cometas el error de no tomarla en cuenta. Ésa fue la falta que cometí hasta que fue demasiado tarde para repararla.

–No es mi intención hacerlo, Papa.

De vuelta a casa del abuelo, Gabe sentía que necesitaba desesperadamente hablar con Andrea y contárselo todo. Pero al entrar en el dormitorio la encontró profundamente dormida. Tendría que esperar hasta el día siguiente.

Para evitar la tentación, permaneció apartado de ella en la cama mientras intentaba asimilar las graves revelaciones que habían salido a la luz.

La mañana amaneció soleada como todos los días precedentes. Andrea se puso unos tejanos y un top amarillo de algodón para ir a pasear al puerto en la bicicleta de Jacques.

Aunque tenía mucha curiosidad por saber los detalles del encuentro de Gabe con su padre la noche anterior, se había propuesto dejar a su marido durmiendo en paz.

El margen de tiempo para concebir había pasado, así que ya podían dejar de actuar como amantes.

Si no estaba embarazada no sería porque Gabe no hubiera aprovechado cada minuto para lograrlo. Había llegado la hora de tomar un descanso permanente.

Andrea prefería morir antes de permitirle pensar que deseaba prolongar esas horas de éxtasis. El esfuerzo que Gabe había hecho ya no era necesario porque había pasado su período de ovulación.

Nada le irritaría más que descubrir que ella se había enamorado de él. Por si lo dudaba, todo lo que tenía que hacer era recordar la experiencia de Gabe con Jeanne Marie. Especialmente cuando él acababa de enterarse de que, después de todo, ese bebé no había

sido suyo. El hecho de que Gabe lo supiera anulaba el contrato que había hecho con él.

Ésa era la otra razón por la que había decidido alejarse de Gabe esa mañana. Además, temía que se sintiera obligado a llevarla a inspeccionar la vivienda de Karmele después del desayuno.

Lo último que deseaba era ver el interior de la casa y entusiasmarse con la idea de instalar su primer hogar cuando sabía que no iba a vivir allí con él.

Casi había un cien por cien de posibilidades de que le llegara el período en el plazo de una semana. Sería estúpido continuar con la farsa por más tiempo porque continuaría soñando con lo imposible. Y su tormento sería más insoportable cuando regresara a casa de sus padres en Scarsdale.

Ellos le habían aconsejado no actuar de forma precipitada ni impulsiva. Eso le había impedido llamar un taxi a primera hora de la mañana para ir al aeropuerto.

Entonces decidió ir a visitar las otras islas que ya no volvería a ver.

Esa mañana, tras aceptar la bicicleta de Jacques, lo abrazó y le dijo que posiblemente no volvería hasta la hora de cenar. Era la oportunidad perfecta para ir a pasear ya que Gabe había manifestado el deseo de pasar un rato con Fabrice.

La imagen sonriente del abuelo mientras la despedía en la escalerilla del porche la acompañó durante todo el trayecto hasta llegar al pueblo.

Como no había desayunado, entró en una frutería tras dejar la bicicleta apoyada contra la pared. Cuando estaba eligiendo una deliciosa pera dorada, oyó que la llamaban. Al volverse reconoció a Marsha Evans, una profesora de francés que habían conocido en el aeropuerto de Halifax. Marsha iba con un grupo de colegas a St.Pierre para asistir a un seminario de lengua francesa.

–*Bonjour*, Marsha –saludó sonriente–. ¿Dónde están los otros profesores?

–Nos han dado el día libre –respondió al tiempo que se acercaba al mostrador para pagar la manzana que tenía en la mano–. ¿Tienes que volver con tu marido?

–No. Hoy va a visitar a su mejor amigo, así que también estoy libre. Su abuelo me prestó la bicicleta y pienso ir a explorar las

otras islas. ¿Has estado allí?

–Todavía no. Pensamos ir este fin de semana ya que no tenemos clases.

–¿Te gustaría acompañarme?

–Me encantaría. Cerca del hotel donde me hospedo hay una tienda que alquila bicicletas. Voy a conseguir una.

Juntas se dirigieron al centro del pueblo. Antes de llegar a la tienda se detuvieron en una pastelería donde Marsha compró unos cruasanes rellenos de jamón.

Después de alquilar la bicicleta fueron al ferry, no sin antes comprar una botella de agua. Andrea tuvo que reconocer que era agradable estar con una mujer de su mismo país, cálida, abierta y simpática.

Más que nunca pensó en lo que habría tenido que sufrir la madre de Gabe durante los primeros meses de su matrimonio, enfrentada a una familia hostil. Naturalmente que el embarazo de Yves le habría procurado un gran alivio, pero…

–¿Qué hacemos? –Marsha interrumpió sus pensamientos–. ¿Vamos a la isla Sailor o a Miquelon?

–Gabe me dijo que el ferry tarda una hora en llegar a Miquelon. Como disponemos de todo el día, también podríamos ir a Langlade y así veríamos ambas islas.

–Me parece perfecto.

Tras comprar los billetes, subieron a bordo con las bicicletas.

Cuando se internaban mar adentro Andrea experimentó una extraña sensación de pérdida al ver que St. Pierre se alejaba cada vez más hasta quedar convertido en un montecillo antes de desaparecer en el horizonte. Al oír a un niño que decía a sus padres que no podía esperar más para ver las ballenas, recordó que Gabe le había prometido que un día irían a observar con prismáticos el juego de los grandes cetáceos en el mar.

Había tantas cosas que iban a hacer juntos; pero eso había sido antes de la esclarecedora conversación que había mantenido con Cecile la noche anterior y que lo había cambiado todo.

–¿Andrea, te sientes mareada?

–No, ¿y tú?

–Un poco. Se ha levantado el viento y hay mucho oleaje. Lo pensé porque estás un poco pálida.

–Posiblemente porque estoy luchando con un problema personal –respondió con sinceridad–. Siento mucho que no te encuentres bien.

–Me avergüenza tener que admitirlo.

–No seas absurda. Eso no se puede evitar. Llegaremos en veinte minutos. Mientras tanto, no dejes de mirar el horizonte.

Cinco minutos después, tuvo que acompañar a su amiga al lavabo donde vomitó todo el desayuno. Pero Marsha no era la única. Junto a la puerta había una larga fila de pasajeros que esperaban por lo mismo.

Cuando llegaron a la parte norte de la isla más grande, Marsha se sentía demasiado enferma como para hacer otra cosa más que quedarse sentada en un pretil de piedra junto al muelle.

–Mientras descansas voy a buscar una bebida de cola que te ayudará a asentar el estómago.

Andrea se marchó en la bicicleta hasta la tienda más próxima y al cabo de unos minutos volvió con dos botes de refresco. Una hora más tarde, su amiga se había recuperado lo suficiente para pedalear hasta el pueblo de setecientos habitantes que, según Gabe, eran descendientes de vascos y de acadios.

Durante el trayecto las nubes cubrieron el sol y se levantó la famosa niebla de la que Gabe le había hablado. Cruzaron a través de densos parches de niebla, hasta que Andrea se dio cuenta de que Marsha se encontraba demasiado débil para continuar el paseo.

–Hay un pequeño hotel más adelante. Voy a pedir una habitación –dijo Andrea y Marsha no protestó.

Poco tiempo después, el conserje les entregó las llaves de una habitación en el segundo piso, después de guardar las bicicletas.

El encantador hotel era tan parecido al de Champigny que Andrea no pudo evitar un intenso aguijonazo de dolor y anhelo de su marido al recordar esa noche tan hermosa.

Marsha se derrumbó en una de las camas gemelas, con el rostro ceniciento.

–Lo siento tanto –murmuró.

–No digas eso, por favor. Aunque te encontraras bien no podríamos ir a ninguna parte hasta que la niebla no se disipe.

Andrea esperó hasta que su amiga ya no tuvo necesidad de correr otra vez al cuarto de baño y salió de la habitación.

El conserje le informó que el tiempo no impediría que el ferry saliera para St. Pierre a las cuatro de la tarde. Andrea compró unos panecillos en una pastelería pensando que cuando Marsha despertara se sentiría mejor y podría comer algo.

Pero se equivocó. Su amiga durmió hasta las tres y media y despertó con náuseas, así que sólo bebió cola. Estaba claro que no podría embarcarse. La única solución era quedarse allí esa noche y al día siguiente tomar un avión para St.Pierre.

Marsha le dio el número de teléfono de su hotel y Andrea pudo informar de lo sucedido al director de la gira. Luego pidió a la operadora el teléfono de Jacques Corbin.

Afortunadamente, Jacques estaba solo en casa. Le informó que Gabe había ido a comer con Fabrice y que no había vuelto todavía.

Una buena noticia.

Tras contarle la situación, Andrea le dio el nombre del hotel y añadió que volvería en avión con Marsha la mañana siguiente.

Jacques le confió que Gabe no se había sentido contento al descubrir que se había marchado esa mañana sin despertarlo. Añadió que iba a contrariarle saber que no volvería esa noche y que no podría comunicarse con ella porque Andrea había dejado el teléfono móvil en casa.

Andrea no le creyó. Sabía que él era el único desilusionado. Le encantaba cocinar y tal vez estaba preparando uno de sus deliciosos platos para la cena.

En cuanto a Gabe, tenía que sentirse oprimido por la claustrofóbica cercanía entre ellos. Andrea no dudaba de que iba a respirar aliviado al saber que quedaría en libertad durante dieciocho horas.

Esa noche no tendría que hacer el papel del amante esposo. Aunque aún no lo sabía, la comedia había terminado.

«No te aflijas, mi amor. Cuando me llegue el período me habré marchado. Mientras tanto, buscaré otra manera de asegurarme que no tengas que estar pendiente de mí», pensó Andrea.

–Abuelo, voy camino a casa. ¿No ha llegado Andrea?

Cuando hubo escuchado las noticias del abuelo, Gabe sintió que le faltaba la respiración.

Mientras ella acompañaba a una amiga enferma en la habitación de un hotel, hacía tiempo que Fabrice y él habían disfrutado del almuerzo. Durante las dos últimas horas habían estado buscándola por todas partes.

La opresión en el estómago había empezado esa mañana al verse solo en la cama por primera vez desde la noche de bodas. Su alarma creció al descubrir que Andrea se había marchado sin el teléfono móvil y sin decirle una palabra. Al no encontrarla en St.Pierre, se excusó con Fabrice y decidió volver a casa.

Afortunadamente, en ese momento ya sabía dónde encontrarla.

Fue providencial que el año anterior hubiese creado un servicio de helicópteros entre las dos islas con fines turísticos y para emergencias.

Ya en casa y más aliviado al saber que su mujer se hospedaba en Le Mistral, preparó una maleta con ropa para ambos. Considerando que la amiga estaba demasiado enferma para salir a pasear, Andrea y él podrían compensar aquella noche de Champigny cuando no se atrevió a terminar lo que había empezado en la pista de baile.

Aunque entonces la deseaba con pasión, no era nada comparado con lo que sentía en esos momentos. Cada vez que ella lo acogía en sus brazos, él se sentía renacer.

A las ocho de la noche, Gabe se registró en el hotel de Miquelon. Luego subió corriendo las escaleras, dejó la maleta sobre la cama doble de la habitación y bajó a llamar a la puerta de Andrea casi sin aliento.

Pero no hubo respuesta. Volvió a llamar con más fuerza, pero fue inútil. Tal vez la amiga se había sentido mejor y decidieron ir a cenar a un restaurante cercano.

Gabe bajó a la sala de estar y leyó el periódico mientras esperaba ver aparecer a su esposa en cualquier momento.

Tuvo que pasar una hora antes de que empezara a pensar que tal vez la amiga estuviera en la clínica.

El conserje le dio el número de teléfono. En unos cuantos minutos Gabe supo que no se había equivocado.

–¿Podría pedirme un taxi, *s'il vous plaît?*

Capítulo 9

Andrea?

Al oír aquella voz tan masculina y familiar, Andrea sintió que el corazón se le escapaba del pecho. De un salto se levantó de la silla donde estaba sentada junto a Marsha. Contuvo el aliento al ver el cuerpo poderoso enfundado en unos tejanos y un polo negro con cuello tortuga.

Andrea movió la cabeza de un lado a otro, con incredulidad.

–¿Cómo has llegado hasta aquí? –susurró.

Él le tomó la cara entre las manos.

–He venido en helicóptero. ¿No pensarías que esta noche te iba a dejar sola en esta isla, verdad?

Andrea no tuvo fuerzas para impedir que la boca sensual se posara en la suya. De inmediato sintió algo diferente en la caricia de Gabe que la besaba con una ansiedad que nunca había mostrado anteriormente. Al parecer, no le importaba que se encontraran en una clínica. Sin embargo, fuera cual fuera la razón de esa explosión de urgencia por su parte, aquello tenía que acabar.

Cuando reflexionaba sobre el tema, Andrea no podía dejar de pensar que tal vez Gabe había hecho el amor con Jeanne Marie tan apasionadamente como lo hacía con ella. Por eso que no le extrañaba que lo hubiera seguido hasta Nueva York.

Sin embargo, entonces no amaba a Jeanne Marie, como tampoco la amaba a ella en la actualidad.

¡Nunca le había hablado de amor, sencillamente porque no podía!

Bret Weyland tenía razón. Gabe nunca habría podido llegar a ser multimillonario si no hubiera un aspecto implacable en su naturaleza.

Y era implacable en el sentido de que no podía sentir amor por ninguna mujer. Jeanne Marie lo había sabido en Nueva York y Andrea lo supo en París.

Entonces puso las manos en el pecho de Gabe y lentamente se

deshizo del abrazo. Él murmuró una protesta después de renunciar a su boca.

–¿Cuánto tiempo se quedará tu amiga en la clínica?

–No lo sé – murmuró Andrea al tiempo que desviaba la mirada.

Gabe le frotó los brazos con creciente urgencia.

–Vamos al hotel, *mon amour*. Hay una habitación para nosotros. Dejaré el número de mi móvil para que el médico nos llame cuando Marsha esté en condiciones de marcharse.

–No puedo, Gabe.

–Andrea, le han administrado un somnífero. Seguramente dormirá hasta mañana.

–Le prometí que no la dejaría. Marsha está en un lugar extraño donde no tiene a nadie, excepto a mí. ¿Por qué no vuelves al hotel y duermes bien durante la noche?

El cuerpo de Gabe se puso rígido.

–¿Por qué pienso que intentas deshacerte de mí?

Andrea sintió que se le humedecía el nacimiento del cabello en la frente.

–No seas ridículo –exclamó, con suavidad–. Sólo lo dije porque no hay razón para que ambos permanezcamos despiertos toda la noche.

–¿Crees que podría dormir sabiendo que estás aquí?

–Siento que hayas hecho el viaje por nada. Habría sido mejor que te quedaras en casa con el abuelo.

Gabe respiró hondo al tiempo que dejaba caer las manos a los costados con los puños cerrados.

–Soy tu marido, Andrea. ¿En qué otra parte tendría que estar sino aquí? –preguntó. Entre ellos había una tensión palpable–. ¿Por qué no me despertaste esta mañana para que te trajera aquí?

–Porque dormías profundamente y parecías exhausto. No se me habría ocurrido molestarte. Entonces se me ocurrió ir a pasear en bicicleta hasta que te levantaras. En el pueblo me encontré con Marsha y decidimos viajar en el ferry. Fue una decisión tomada de improviso.

–Andrea, ¿he hecho algo que te haya ofendido? –preguntó, tras un largo silencio.

–Desde luego que no.

Él le alzó la barbilla con el índice.

–¿Lo juras?

–¿Tengo que jurar para que me creas?

–¿Preferirías que te dejara sola? –preguntó, con una mirada velada.

«Oh, Gabe», gritó el corazón de Andrea.

–No me gustaría que hicieras nada en contra de tu voluntad.

Gabe le delineó los labios con los dedos.

–Ahora eres tú la que parece exhausta. Siéntate y yo velaré contigo –sugirió antes de retirar la mano.

–¿Hablaste anoche con tu padre? –preguntó Andrea, cuando ya no pudo soportar la penosa atmósfera que se había creado entre ellos.

Era responsable del cambio drástico de Gabe. Le dolía esa fría reserva que hacía tiempo no veía en él.

–Hablamos. Mis padres y Jeanne Marie fueron víctimas de Evangeline. Pero se acabaron los secretos. Ella no volverá a hacernos daño.

–¿Eso significa que ahora estarás más cerca de tu familia? ¿Incluso de Yves?

–Sí. Mi hermano cree que el bebé era suyo y lo dejaremos así. Todo será mucho mejor que antes.

–Me alegro por ti, Gabe –murmuró, con los ojos empañados.

–¿De veras? –disparó tan repentinamente que la dejó atónita.

–¿Cómo puedes preguntármelo?

Gabe apretó las mandíbulas.

–Tal vez porque esta mañana no te quedaste para saberlo.

–Te expliqué por qué me había marchado –replicó, destrozada.

–Entonces supongo que ambos tenemos nuestras respuestas.

Andrea lo había herido hasta el fondo del alma y no había modo de volverse atrás. Gabe había necesitado compartir con ella lo más importante de su vida. Pero Andrea dormía cuando volvió a casa y por la mañana se marchó antes de que él despertara. Lo había hecho para protegerse a sí misma, pero una parte de ella nunca se perdonaría el dolor que le causaba.

Durante el resto de la noche, Gabe permaneció en un silencio sombrío, mientras Andrea intentaba descansar con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla.

Cada cierto tiempo entraba la enfermera para examinar a

Marsha. La amiga despertó cerca de las cinco de la mañana. Se sentía mejor, así que habló con ellos e incluso pidió un zumo.

A las seis y media, el médico la examinó y dijo que podía marcharse cuando se sintiera con fuerzas.

–Mientras os preparáis iré al hotel a recoger vuestras cosas y haré que envíen las bicicletas al helicóptero. Luego vendré a buscaros y nos iremos a casa –dijo Gabe.

Marsha les estrechó la mano.

–Gracias por todo lo que habéis hecho. Tu mujer es un ángel, Gabe.

–Mi abuelo dice lo mismo –respondió, con una sonrisa conmovedora.

Con la barba crecida y esas sombras bajo los ojos, Gabe estaba increíblemente atractivo. Andrea desvió la mirada para que él no notara que lo devoraba con los ojos.

En una hora y media habían vuelto a St. Pierre. La niebla se había disipado. Prometía ser un hermoso día.

Después de dejar a Marsha en el hotel a cargo del director del grupo, se despidieron con abrazos y la promesa de mantenerse en contacto. Andrea y Gabe fueron a entregar la bicicleta y más tarde volvieron a casa.

Jacques los esperaba. Sus ojos ansiosos escrutaron los rostros de la pareja.

–Parece que no habéis dormido en toda la noche. Será mejor que os vayáis a la cama porque esta tarde vendrá a cenar una persona my importante.

–¿Karmele? –preguntó Gabe.

–No, tu mamá.

Andrea casi dejó escapar un gemido de agonía.

–Pensé que no vendría hasta julio –comentó Gabe, en un tono indescifrable para Andrea.

–Supongo que no quiso esperar tanto para dar la bienvenida a su flamante nuera.

Andrea sintió que la habitación empezaba a girar. Gabe la alzó en sus fuertes brazos, se despidió del abuelo y subió la escalera. Lo último que ella pudo recordar fue su tierno beso en los labios antes de cubrirla con la manta.

Eran más de la seis de la tarde cuando Andrea despertó repentinamente.

¿Había llegado la madre de Gabe? ¿Por eso él no estaba en la cama?

Andrea se precipitó al cuarto de baño para ducharse y lavarse el pelo.

¿Qué se iba a poner? ¿Le importaría a Gabe? Después de pensarlo varias veces se puso la blusa de seda color champaña y pantalones a juego.

Más tarde, bajó la escalera temblando, con una mezcla de temor y de curiosidad por conocer a la mujer cuyo divorcio había influido tanto en la vida de su marido.

Le llegaron voces desde el vestíbulo. Una era de mujer. Tras respirar profundamente, Andrea entró en la sala de estar.

Descubrió a Giles junto a Gabe y Jacques, los tres conversaban con una impresionante mujer de cabellos negros vestida con un traje de dos piezas color melón. Sus ojos eran de un tono gris claro y era casi tan alta como su ex marido.

Si era tan encantadora a los cincuenta años, Andrea pudo imaginar qué belleza debió de haber sido a los diecinueve. Notó que tenía la misma sonrisa de su hijo.

Antes de acercarse, la mirada de Gabe se fundió con la de ella. Luego le rodeó el talle con un brazo y la acercó al grupo.

–Madre, quiero presentarte a mi esposa. Andrea, ésta es Carol, mi madre.

–Hola –dijeron ambas al unísono y entonces se echaron a reír.

De inmediato se rompió el hielo. Carol la estrechó entre sus brazos con los ojos brillantes de emoción.

–¿Tienes idea de lo agradable que es para mí que mi nuera y yo seamos de la misma parte del planeta?

Carol transmitía tal innegable calidez que Andrea sintió que ya la quería. No le extrañó que hubiese robado el corazón de Giles. Su ex esposa era tan abierta y simpática que tenía que haber conmocionado a las mujeres Corbin, de naturaleza poco extrovertida.

–Tú también eres una sorpresa maravillosa –confesó Andrea, con voz trémula.

Carol le tomó las manos.

–Me alegra oírlo. Perdóname por no haber asistido a tu boda. Gabe jura haberte informado de que me encontraba en Florida con mi hermana y su familia cuando dejó el mensaje.

–Así fue.

–¡Qué bien! De otro modo nada me habría impedido asistir. Envidio a tus padres y no veo la hora de conocerlos.

–Yo también –dijo Giles.

–Lo arreglaremos lo antes posible, ¿verdad, *mon coeur*? –dijo Gabe.

«No digas nada, Gabe. No podría soportarlo», pensó Andrea.

–El salmón al horno está esperando –murmuró Jacques como si pudiera sentir la tristeza de Andrea y quisiera ayudarla–. ¿Vamos a la cocina?

Tras acomodarse en torno a la mesa, empezaron a comer. Muy pronto la conversación se concentró en las últimas noticias de la familia.

Carol parecía ser una típica madre y abuela, muy interesada en sus hijos y nietos. ¿Por qué diablos se había divorciado de Giles cuando era obvio que su familia era todo su mundo?

De pronto, Andrea pensó que dentro de una semana toda la familia estaría pensando lo mismo de ella. ¿Cómo podía haber abandonado a Gabe cuando parecían estar tan enamorados?

Tras unos deliciosos melocotones de postre, Gabe tomó la mano de Andrea antes de mirar a su madre.

–Sé que cuando vienes aquí siempre te quedas en casa de Yves o en la de Philippe. Ahora nos toca a nosotros.

Jacques asintió en silencio.

–Me temo que eso no podrá ser –intervino Giles.

Para sorpresa de Andrea, rodeó los hombros de Carol al tiempo que la atraía hacía sí, tal como a veces Gabe lo hacía con ella. Una expresión de total incredulidad se reflejó en el rostro de su marido.

–¿Por qué? –preguntó Jacques, con una sonrisa que iluminaba sus ojos.

–Gracias a la conversación de Andrea con Cecile, Gabe y yo fuimos capaces de hablar con franqueza sobre el pasado y aclarar años de malentendidos. Aunque Evangeline y su padre hicieron lo posible por arruinar nuestras vidas, convinimos en que el orgullo

había sido la causa de la ruina de la familia Corbin. Después de esa conversación llamé por teléfono a Carol y le pedí perdón por todo el infierno que tuvo que soportar cuando nos casamos –declaró con voz temblorosa.

Andrea bajó la cabeza. Debido a su ausencia del día anterior ignoraba a qué se refería Giles.

–Lo que tu padre intenta decir, Gabe, es que tan pronto él me abrió su corazón yo le pedí perdón por no haberlo comprendido cuando era lo que más necesitaba. Ambos fuimos unos idiotas –dijo Carol.

–Es cierto –intervino Giles–. Sin embargo, de aquí en adelante Carol vivirá conmigo porque nos volveremos a casar lo antes posible.

–¿Lo saben mis hermanos?

Andrea casi no reconoció la voz de Gabe, enronquecida por la emoción.

–Todavía no –respondió el padre, tan conmovido que le costaba articular palabra–. Quisimos que primero lo supierais vosotros ya que os debemos este milagro.

–Es verdad, cariño –aseguró Carol al ver que su hijo negaba con la cabeza–. Le habéis dado a la familia una segunda oportunidad para recuperar la felicidad.

La mirada gris plateada de Gabe se desvió bruscamente hacia Andrea.

–Mi esposa ha sido el catalizador de todo lo que ha sucedido.

–Desde luego que sí –dijo Giles con una sonrisa para Andrea–. Es tan extraordinaria como tu madre. Con ambas esposas en la isla, Cecile nunca volverá a ser la misma –añadió, con una risita.

–¿Sabéis una cosa? Vamos a comprar una casa nueva y hemos decidido participar en el negocio que le propusiste a tu padre, Gabe –dijo Carol.

–¿Qué negocio? –preguntó Andrea que ya no soportaba continuar en la ignorancia.

Gabe la miró con los ojos entornados.

–¿No recuerdas que durante el vuelo de Halifax a St. Pierre sugeriste la posibilidad de programar cursos de francés para estudiantes jóvenes con la posibilidad de hospedarse en casas de familias francesas?

Andrea parpadeó.

–No pensé que siquiera me escucharas.

Todo el mundo se echó a reír.

–Nada se me escapó, *mon amour* –dijo al tiempo que hacía pequeños círculos con el pulgar en la muñeca de Andrea–. Estabas llena de ideas brillantes después de tu charla con Marsha. Y yo te escuché con respeto reverencial.

Andrea se ruborizó.

–Es una idea excelente –convino Giles, con énfasis–. Podríamos organizar programas durante todo el año. Con los contactos de Carol en el negocio turístico y los míos entre los pescadores de la isla, no sé lo que podría resultar. Pero lo que sí sabemos es que el programa aportaría una cantidad de dólares muy necesarios para las familias que se ofrezcan.

–Creo que no sería difícil atraer a los estudiantes a las islas. Incluso pienso que habría un exceso de solicitudes –Andrea intervino impulsivamente, con gran entusiasmo–. Este lugar puede ofrecer cosas que no se encuentran en otra parte, a menos que ellos decidan viajar a las Islas Galápagos. St. Pierre et Miquelon quedan muy cerca del continente. No se necesita cruzar el océano. Los estudiantes podrían viajar en ferry desde Terranova, si lo prefieren. No tendrían que vacunarse ni comer cosas extrañas y así se les ahorraría preocupaciones a sus padres. Por otra parte, debido a la cultura y tradiciones vascas de las islas, ellos podrían optar por estudiar francés o euskera. Y por ultimo, ni qué decir de la emoción que sentirían al encontrarse a bordo de un barco de pesca de arrastre y ver las ballenas en alta mar...

De pronto, al ver el modo en que todos la miraban, especialmente Gabe, Andrea se dio cuenta de que había parloteado mucho y con demasiado énfasis.

–Me parece que ya hemos encontrado a nuestra directora del programa, ¿no crees, *mon trésor*? –dijo Giles en voz alta al tiempo que miraba a Carol.

Ella asintió.

–No se me podría ocurrir alguien mejor. Además, con tus conocimientos como ingeniero de programación, creo que tendríamos infinitas posibilidades a través de Internet. Y podríamos hacer participar a toda la familia, si ellos lo desean.

–Es necesario que nos adaptemos a los nuevos tiempos si queremos un futuro para St. Pierre. Me temo que los tiempos de la gran pesca han terminado –comentó Jacques, con seriedad.

–Sólo por el momento, abuelo. Cualquier día las aguas volverán a repoblarse. En todo caso, la solución está en diversificar nuestras ofertas –comentó Gabe.

–Es cierto –dijo el abuelo.

–¿Vais a casaros por la iglesia? –preguntó Gabe.

Andrea observó que miraba a sus padres como si todavía no pudiera creer la buena noticia.

–En la misma iglesia donde hicimos nuestros votos por primera vez. Aunque en esta ocasión los hijos podrán asistir a la ceremonia –respondió Giles, divertido.

Carol se echó a reír.

–El padre Cluny va a sufrir un ataque.

–Será mejor que nos marchemos si queremos verlo esta noche –dijo Giles al tiempo que ayudaba a su esposa a levantarse de la silla.

–Sí, pero antes tenemos que lavar los platos y luego ir a dar la noticia a los chicos –replicó Carol.

–Marchaos ahora mismo. Ya tengo ayudantes –dijo el abuelo al tiempo que besaba a su nuera.

–Será una sencilla ceremonia, pero hay muchas cosas que hacer. Necesitaremos ayuda. ¿Quieres comer conmigo mañana? Te llamaré –dijo Carol a Andrea mientras la abrazaba.

–Me encantaría –contestó Andrea, antes de despedirse de Giles.

El hombre parecía totalmente transformado y rejuvenecido, como si le hubieran quitado una gran peso de encima. ¡Realmente era un milagro!

Mientras Jacques y Gabe iban a despedirlos al coche, Andrea despejó la mesa. Cuando estaba en la cocina, sonó el teléfono.

–¿Andrea? Me alegra haberte encontrado en casa –oyó la voz de Marsha–. Tú y Gabe fuisteis maravillosos conmigo. ¿Qué os parece si cenamos juntos mañana? Sería una manera de agradeceros lo que habéis hecho por mí.

–¡Me encantaría! –contestó, con sinceridad. Así sería más fácil para ella mantenerse alejada de Gabe–. Mientras cenamos me gustaría hablarte de unos negocios que los padres de Gabe tienen en mente y en los cuales podrías participar. Ve pensando en traer a St.

Pierre a un grupo de estudiantes de francés para hacer un curso en la isla.

–¡Estás bromeando! ¿Tu marido y tú habéis pensado en hospedar a mis estudiantes?

–No, yo...yo no estaré en la isla después de la próxima semana –dijo al tiempo que se llevaba una mano al corazón para calmar el dolor que sentía.

–No me digas que tenéis problemas conyugales.

De pronto, Andrea percibió que no estaba sola.

Se volvió bruscamente y descubrió a Gabe apoyado en la puerta.

El brillo de sus ojos se había extinguido. Sus facciones parecían esculpidas en piedra.

–¿Marsha? Tengo que cortar, pero te llamaré mañana –dijo, casi sin aliento. Con mano temblorosa colocó el auricular en el soporte–. ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

–El tiempo suficiente. Jacques se marchó con mis padres, así que estamos solos y no podrás huir.

–No estoy segura de entender lo que dices.

–No, Andrea. Eso no es digno de ti. Anoche te pregunté si te había ofendido y me contestaste con otra pregunta. Pero ahora no te lo voy a permitir. ¿Tienes idea de cómo me siento al oírte decir a una extraña que no estarás aquí después de la próxima semana? Creo que tu marido tiene derecho a saberlo antes que nadie.

Andrea se estremeció.

–Iba a decírtelo, Gabe. Lo juro.

–Dejemos de lado los juramentos –espetó Gabe, casi incapaz de ocultar su ira–. Te pedí que te casaras conmigo y tú accediste. Convinimos en no preocuparnos por el futuro durante los seis meses que tienes de plazo para quedar embarazada.

–Es cierto, pero todo ha cambiado ahora que sabemos que Jeanne Marie no perdió un hijo tuyo. La razón que te llevó a casarte conmigo ya no existe. Ahora sabes que no puedes sentirte culpable. Te has liberado de esa terrible carga y puedes vivir el resto de tu vida con la conciencia tranquila. Después de la próxima semana, quedarás libre de tu compromiso conmigo. A la larga encontrarás a la mujer adecuada para ti, con o sin hijos.

–Nuestro contrato fue por seis meses.

–Eres un hombre muy galante, Gabe, pero tu sacrificio no es

necesario porque ambos sabemos la verdad sobre Jeanne Marie.

Gabe pareció envejecer de pronto. Su rostro estaba lívido.

–Si ése es el caso, ¿por qué no me dejas esta misma noche? ¿Por qué el plazo de una semana es tan sagrado para ti?

–Porque en esos días me llegará el período –respondió, con la voz quebrada–. Como bien sabemos, la posibilidad de quedar embarazada en mi situación es de una entre un millón. Sin embargo, no me marcharía si descubriéramos que por una casualidad del destino vamos a tener un hijo. Intento respetar esa parte del contrato en caso que descubra que vamos a ser padres.

–Parece que no desearas un bebé con tanta intensidad si te das por vencida al primer mes.

Reuniendo todo su coraje, ella se decidió a hablar con claridad.

–Es una tarea muy dura cuando no hay amor.

Con el corazón martilleando en el pecho, Andrea esperó oírle decir que la amaba.

–Voy a salir. No sé cuando volveré –dijo Gabe, con un leve tic nervioso en la comisura de la boca.

Tras unos cuantos segundos, Andrea oyó que se cerraba la puerta de la calle. Entonces corrió a la ventana de la sala de estar a tiempo para ver que el coche se alejaba rápidamente.

Capítulo 10

Gabriel? *Tu es là?* –llamó Fabrice.

–*Oui, mon ami.*

–He venido apenas terminé con mi último cliente –dijo al tiempo que saltaba dentro del pesquero.

–¿No le importará a Lisa? –preguntó Gabe mientras desataba las amarras antes de hacerse cargo del timón. Fabrice lo siguió.

–No. Está con los niños en casa de su madre. Cuando oí tu mensaje en mi móvil le avisé que no llegaría hasta mañana.

No había nadie como Fabrice. Gabe siempre había podido contar con él.

–Vamos.

Tras encender los faros, lentamente sacó la embarcación fuera del puerto.

–Diriges la Alouette como si nunca hubieras estado fuera.

–Pero responde como una vieja enferma. He comprado otro barco. Llegará la próxima semana desde Noruega. Me preguntaba cómo se lo iba a entregar a Papa sin que lo rechazara. Pero después de lo que ha sucedido en las últimas cuarenta y ocho horas, ya no tendré que preocuparme. Después de todos estos años mis padres han solucionados sus diferencias. ¿Podrías creer que la próxima semana se van a casar por la iglesia?

Fabrice movió la cabeza de un lado a otro.

–No puedo creerlo.

–Como estás invitado a la ceremonia verás que digo la verdad. He decidido entregarles el barco como regalo de bodas.

–De acuerdo, te creo. Por el tono de tu mensaje creo adivinar que Andrea no ha quedado embarazada todavía.

Gabe hizo una mueca.

–No lo sabremos hasta dentro de una semana o más –comentó, con amargura.

–Tengo toda la noche, así que tómate tu tiempo –declaró Fabrice mientras se acomodaba en una banqueta con los brazos cruzados

sobre el pecho.

Gabe apagó el motor y dejó que el oleaje hiciera su labor.

Entonces se volvió a Fabrice.

–Ella no me quiere.

–¿Te lo dijo en tu cara?

–No con esas palabras.

–Quiero saber qué fue lo que dijo. Exactamente.

Gabe se lo contó.

–Veamos si he entendido bien. Ambos decidisteis casaros sin deciros una palabra de amor.

–No me atreví a declararle mis sentimientos. Nunca me habría creído. A causa de su estado de salud, no había tiempo para cortejarla, así que le conté mi historia con Jeanne Marie como un argumento que respaldara mi propuesta.

–Y funcionó.

–Ya no funciona. Voy a perderla, Fabrice.

Fabrice negó con la cabeza.

–Si ella no te amaba entonces, no la has perdido porque nunca fue tuya. Vamos, Gabriel. ¿No se te ha ocurrido pensar que se casó contigo porque te quería?

–Me lo habría dicho. Ella no miente.

–¿No? –Fabrice se burló–. Tu esposa es una mujer brillante. Eso es lo peor. Diría que has encontrado a tu mitad. ¿Sabes lo que haría en tu lugar?

Gabe sintió que el dolor lo destrozaba.

–No quiero saberlo.

–Ve a casa y dile que es una tramposa. Dile que la amas y que sabes que ella te corresponde.

–¿Así nada más?

–Así nada más. Tú eres un jugador, de otro modo no hubieras renunciado a tu billón de dólares. Hiciste la mejor jugada de tu vida al conseguir que se casara contigo. Puede que Andrea haya utilizado la amenaza de abandonar la empresa como una forma de atrapar al pez. Gabe Corbin. El pez más grande del mar, que nunca había sido atrapado.

A Gabe le saltó el corazón.

–Si eso fuera verdad...

–¿Cuántas mujeres conoces, aparte de Andrea, que se alegrarían

de saber que ya no eres multimillonario, *mon ami?*

–Ninguna.

–*Voilà* –convino al tiempo que se inclinaba hasta casi tocar con su frente la de Gabe–. Y ahora piensa en esto. ¿Cuántas mujeres aceptarían venir a una isla extraña y desconocida para vivir aquí el resto de su vida si no fuera por amor? Contéstame si puedes –lo desafió.

–Debiste haber sido fiscal.

–No lo hago tan mal, ¿verdad? –declaró, sin la menor humildad.

A pesar de su confusión, Gabe prorrumpió en carcajadas. Entonces encendió el motor y maniobró la embarcación rumbo a la isla.

Tras varias horas sumida en un examen de conciencia, Andrea había sacado una silla al porche para sentarse a esperar a Gabe en la oscuridad de la noche.

Jacques no había vuelto a casa. Ella no sabía si tenía una razón o lo hizo a propósito. Si quiso dejarlos solos, había sido un gesto inútil. Eran las dos menos diez de la madrugada y no había señales del coche de Gabe.

Sospechaba que había ido a ver a Fabrice y podían estar en cualquier parte. No le habría extrañado que estuvieran bebiendo debido al estado de ánimo de Gabe al marcharse.

Era una dramática ironía que la misma noche que se había enterado de la maravillosa noticia de sus padres, hubiera tenido que entrar en la cocina en el mismo segundo en que ella le decía a Marsha algo que no estaba destinado a sus oídos. No, hasta que ella estuviera preparada para decírselo.

Andrea lamentó no tener un coche para ir a casa de Fabrice y preguntar a su esposa dónde se encontraban. Necesitaba hacer su confesión porque ya no podía callar ni un minuto más.

Una vez que Gabe supiera la verdad, comprendería su conducta de los últimos días y quizá no la odiaría demasiado.

La brisa que le llegaba del océano se había vuelto más fresca, así que entró apresuradamente en la casa en busca de una prenda de abrigo.

Cuando abrió la puerta para volver a salir al porche casi chocó

contra su marido. Él alargó las manos para sostenerla.

–¿Qué haces a esta hora todavía vestida?

No había enfado en su voz, sólo preocupación. Y no había estado bebiendo.

–Esperando que volvieras a casa.

–¿Por qué?

–Porque necesito decirte algo. Y no me sentiré en paz hasta que lo haga.

–Yo también tengo que decirte algo –admitió, con emoción. Sus manos frotaron enérgicamente los brazos de Andrea y ella pudo sentir su calor a través de la lana del jersey–. Hay una sola razón por la que te pedí que te casaras conmigo. Seguramente ahora ya la sabes.

El mundo se detuvo de repente.

Ella podría haberse mentido en muchas cosas, pero nunca se había atrevido a creer lo imposible. No hasta ese momento...

–Es la única razón por la que acepté.

–¡Tú estás enamorada de mí! –su grito triunfal debió de llegar a los oídos de Karmele.

–Sí, cariño, ¡Oh, sí! Hace mucho tiempo. Desde el día de mi entrevista contigo.

–Lo sé –susurró con la boca apoyada en los labios de Andrea–. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Entraste en mi despacho con una fuerza que casi me derribó. De inmediato supe que eras la mujer de mi vida. Pero, ¿y si cometía un error y te ahuyentaba antes de conseguir que te enamoraras de mí? Entonces decidí tomarlo con calma y esperar el tiempo propicio.

Andrea le cubrió la cara de besos.

–¡Esperaste demasiado el tiempo propicio! Yo tenía dos opciones: o me marchaba de la empresa o me obligaba a enamorarme de otra persona.

–Cuando me enteré de que salías con Bret... –murmuró al tiempo que sus dedos se enredaban en el sedoso cabello–. Juro que casi me volví loco.

–Yo sí que me volví loca –admitió ella al tiempo que le enlazaba el cuello con los brazos–. Llegó un momento en que me di cuenta de que tenía que marcharme. Pensé que las seis semanas de recuperación o me curaban de la enfermedad Gabe Corbin o tendría

que encontrar la fuerza para buscar otro trabajo.

Él le dirigió una de esas sonrisas que la hacían sentir que flotaba sobre el mundo.

–La enfermedad Gabe Corbin. Me gusta como suena.

–Es una enfermedad crónica –dijo ella, antes de besar la maravillosa boca masculina–. Siempre la voy a padecer. El médico me dijo que iba a empeorar con los años. Que no tenía curación. Tienes que saberlo de antemano.

–Y tú tienes que saber algo de antemano, *mon amour.* De un modo u otro vamos a tener un hijo. Si tienes que someterte a una histerectomía, que así sea. En ese caso, adoptaremos un bebé.

–¡Oh, Gabe! –exclamó al tiempo que lo estrechaba entre sus brazos, con una felicidad que no podía contener.

–Quiero pedirte un favor –susurró Gabe en su oído.

–Lo que quieras.

–Celebremos una boda doble. Quiero hacer mis votos ante ti, ante Dios y ante mi familia.

Ella lo abrazó con más fuerza.

–Esta noche soñaba con eso mientras estaba sentada en el porche esperando que volvieras junto a mí.

–Al llegar me pregunté qué hacía esa silla de la sala aquí en el porche –dijo al tiempo que la alzaba en sus brazos–. Vamos, *mon épouse delectable*. Es hora de irnos a la cama. Estoy tan hambriento de ti que ya no puedo esperar más.

Dos semanas después, mientras sonaban las campanas de la torre de la iglesia, los familiares y amigos invitados a la boda cruzaban el centro de St. Pierre hacia el restaurante Trois Fleurs donde se iba a celebrar las fiesta de los esponsales.

Las dos mujeres lucían vestidos de novia. El de Andrea era de color crema y la madre de Gabe estaba espléndida vestida de blanco. Ambas novias iban cubiertas con mantillas de encaje francés. Los novios iban de esmoquin.

Andrea se sentía flotar en un sueño. Los dedos de Gabe se enlazaban a los suyos en un gesto posesivo, como para hacer ver al mundo entero que ella era su mujer. Parecía diez años más joven.

Lo padres de Andrea iban detrás y la madre llevaba la cola del

vestido de la novia. El sol brillaba en un cielo azul. No podía haber sido un día más glorioso. Andrea pensó que iba a estallar de alegría.

Pero apenas entraron en el restaurante y sintió el aroma del pescado que preparaban para el banquete, sintió otra sensación de náuseas, más intensa que la que había experimentado durante la ceremonia.

Al principio intentó restarle importancia, pero cuando Gabe la hubo acomodado a la cabecera de la mesa, el malestar se hizo más intenso. Cuando vio los platos de ostras que llegaban a la mesa, temió que le sucediera lo mismo que a Marsha.

–¿Mamá? Siento náuseas –susurró a su madre.

–¡Qué maravilloso! –exclamó Renate, con voz ahogada–. Hace una semana que pasó el plazo de tu regla. Yo sufrí náuseas horribles casi desde el mismo momento que te concebí. Debes de estar embarazada.

–¡Mamá!

–Vamos. Te llevaré a los lavabos. Durante el primer trimestre, a menudo tenía que comer dos veces por la mañana. Me temo que eres como yo.

–¿Andrea? –dijo Gabe, alarmado–. ¿Qué sucede, *mon coeur*? Tu rostro tiene el color de un pergamino.

Andrea no pudo contestar. Le preocupaba mucho no poder llegar al lavabo a tiempo.

–No pasa nada –oyó que su madre respondía a Gabe–. Parece que vas a ser padre. ¡Enhorabuena, Papa!